

37.01  
ANT  
XIX  
7286/2

LIBRO DE CUENTA EN CASERO

**LAS NOCHES DEL ALBAICIN**

**TRADICIONES**

**LEYENDAS Y CUENTOS GRANADINOS**

POR

**DON ANTONIO JOAQUÍN AFÁN DE RIBERA**

—  
**TOMO SEGUNDO**  
—

**MADRID**

TIPOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS

Calle de Juan Bravo, 5.

1885

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

**Momentos de Ocio**, colección de poesías. Un tomo.  
**A orillas del Dauro**, novelas, artículos y leyendas.  
Dos tomos.

**Por un cabello**, novela. Un tomo.

**Auras del Genil**, colección de poesías serias y humorísticas. Dos tomos.

**Traducciones**. Dos tomos.

**Las noches del Albaicín**, leyendas, tradiciones y cuentos granadinos. Dos tomos.

## TERMINADAS Y PARA SU PUBLICACION

**Los días de Albaicín**, leyendas granadinas, verso y prosa. Dos tomos.

**Fiestas populares de Granada**, colección de artículos de costumbres. Un tomo.

TOMO SEGUNDO

M. D. D. D.

IMPRESORIA DE DON JUAN DE LOS RIOS

Calle de San Juan, 10

1887

R-118573

AFAN DE RIBERA

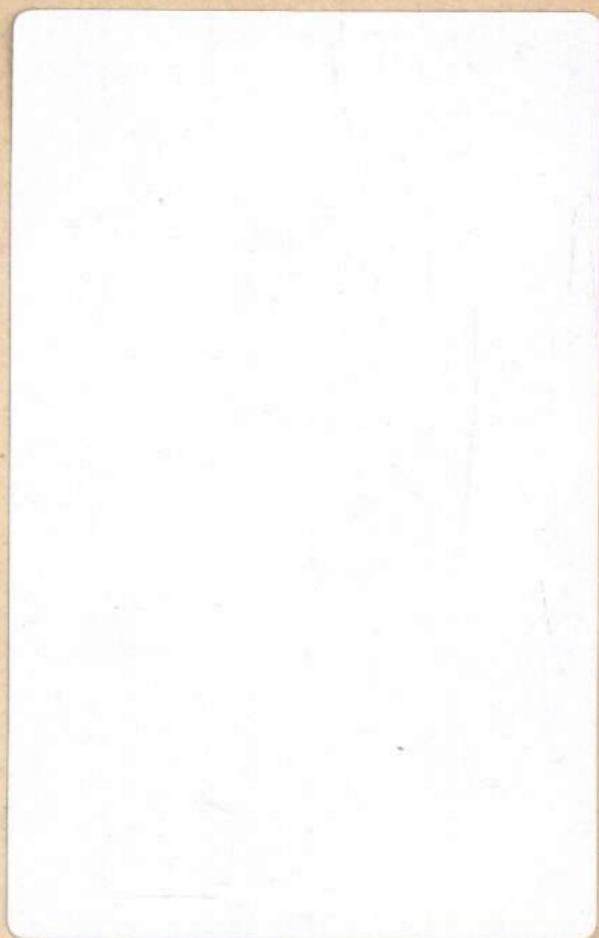
---

LAS NOCHES DEL ALBAICÍN

---

TOMO SEGUNDO





# LAS NOCHES DEL ALBAICIN

---

TRADICIONES

LEYENDAS Y CUENTOS GRANADINOS

POR

DON ANTONIO JOAQUÍN AFÁN DE RIBERA

---

TOMO SEGUNDO

---

MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS

Calle de Juan Bravo, 5.

1885

---

Es propiedad, y todos los ejemplares llevarán una contraseña.

No se permite la reproducción de ninguno de los trabajos que contiene esta obra, con arreglo á lo establecido en el artículo 31 de la ley de propiedad literaria.

---

# LA VIRGEN DEL LAVADERO

---

## LEYENDA

---

### I

Los puñales tienen punta,  
las rosas tienen espinas,  
la mujer tiene palabras,  
aunque luégo las olvida.

Estas y otras coplas semejantes cantaba Juanillo Martínez, hiriendo sin caridad las cuerdas de su guitarra, ante las ventanas de la rubia, famosa cabrera de la calle Larga de San Cristóbal, de donde ella y el mancebo eran de sus más preciados feligreses, en la noche del 4 de Agosto del año de gracia de 1692.

Y has de saber, lector benévolo, que eso de llamarle rubia á la Maruja hubiera podido atribuirse más bien á epigrama que á sobrenombre, porque la muchacha era hermosa hasta no más, pero morena como si tuviera en su sangre algo como un quarterón de la raza de los castellanos nuevos, con unos ojos negros, rasgados, un cabello lo mismo, pero largo á maravilla, un talle flexible cual los

juncos y un todo que partía los corazones y se llevaba los galanes de calle.

Y no era menos agraciado el mozuelo, que en todo el gremio de tejedores del barrio no había muchos que manejasen con más acierto la lanzadera, ni terminasen más á conciencia uno de aquellos tupidos capotes con que la industria del Albaicín surtía y abrigaba á la vez los robustos labriegos de la comarca conocida por los Montes Granadinos.

Peró como el amor es y ha sido siempre ciego, y tiene cosas de niño, como conviene al infante Cupido que lo representa, sucedió que la Maruja, que una vez, y casi sin darse cuenta de ello, accedió á hablar por la reja con el artesano, no quiso volver á concederle otra entrevista, aunque el Juan aseguraba que un sí tímido se escapó de los labios de su adorada al final de aquella, con el ítem de un capullo de Alejandría arrojado para recuerdo.

Y he aquí cómo la penetrante flecha que se embotó en el duro pecho de la muchacha, atravesó, cual si de blanda cera fuese, el de nuestro galán, quien, apenas terminadas sus faenas, se convertía en guardador de la calle, amén de turbar á menudo el sueño de los pacíficos vecinos, que renegaban de aquellos

amores, y que no atinaban con la causa de los desdenes de la hembra, ni descubrían las huellas de otro favorecido amante, causador de los enojos del mancebo.

Pero como todas las cosas tienen fin en este mundo, también era lógico que se desencantase este, al parecer, formidable castillo.

La Maruja, huérfana de padre, conservaba á la autora de sus días, que, aunque perteneciente á muy modesta clase, tenía sus mozos para el entretenimiento y cuidado de su ganado cabrío, casa y corral propios y unas preciosas gargantillas de perlas con siete vueltas, que adornaban su más que robusta garganta, con su apéndice de arracadas moriscas, ó sean zarcillos de lazo con gruesas esmeraldas, que se lucían la Semana Santa y demás solemnidades del Almanaque.

*Carmen la Polonia*, que este era su apodo, porque su conjunta mitad se llamó en el siglo el tío Apolonio, era, por lo ya expuesto, una mujer acomodada. El carácter, no muy dulce que digamos; tenía unos bigotes erizados que sombreaban su labio más de lo que conviene á ese sexo que se llama débil y bello; y no era insensible á los placeres que el aguardiente anisado proporciona á los estómagos madru-

gadores. El tener siempre en su limpia cocina una *dama-juana* llena de aquel espíritu, un bolso con doblones para gastarlo en adornar la iglesia, y querer con idolatría á su hija, eran las cualidades que la distinguían á primera vista.

Por eso en la noche que el Juanillo se entretenía en cantar alusivas coplas ante su morada, no pudo contener su impaciencia, y despertando á su hija, que sin cuidarse de nada estaba recogida en su habitación, le dijo:

— María, es preciso que ese mozuelo deje de molestarnos con sus cantares. La comadre Mariana afirma que tú correspondes al Juan; si esto es exacto, ya sabes que no deseo más que tu dicha, y si es honrado, como todos aseguran, tu madre no se opone á que se realicen tus deseos.

— ¿Que yo he aceptado su cariño? Estáis engañada, madre mía; hablé un corto rato con Juan, llevada de la curiosidad de saber lo que era tener amante, según me decían mis amigas; pero cuando me convencí de que sus palabras no me causaban la mayor sensación, cerré el postigo, y no he vuelto á dirigirle ni una mirada.

— Entonces ¿á qué viene con esas imperti-

nencias? Ya procuraré yo evitar este escándalo. ¿Conque tu corazón es libre? Mejor que mejor; pero sabe que además de mis cabras, que son las primeras en toda la ciudad, mi marido, que santa gloria haya (y aquí se enjugó los ojos la Carmen), dejó algunas peluconas en un bolso verde para que mi hija no tenga que envidiar á la mayorazga más encopetada de allá bajo.

María besó cariñosamente á su madre, añadiendo:

— No sé qué sea eso de tener el corazón libre; no quiero más que á ti, aunque soñando se me aparezcan unas visiones que turban mi espíritu.

— Majaderías de todas las mozuelas — le replicó aquélla; — ande el tiempo y ello será lo que esté escrito.

Ambas, después de un estrecho abrazo, iban á recogerse, cuando la sonora voz del tejedor entonó la siguiente copla:

De que pierda mi esperanza  
y mi pecho se taladre,  
tendrá la culpa otro amor,  
si no la tiene tu madre.

Oir estas frases y agarrar el pesado barreño que había servido para fregar los útiles de la

comida, y arrojárselo con el líquido desde la ventana al desvergonzado cantador, fué obra de unos instantes. Juan recibió aquella lluvia inesperada, que en algo enfrió su entusiasmo, y lanzando improperios se dirigió á la calle abajo mientras la Carmen asomada á la reja exclamaba:

— Anda, deslenguado; mañana veremos ante el Sr. Alcalde de barrio si así se ofende á una honrada viuda, que necesita para que la descalcen algo más que todos los oficiales del arte de la lana.

## II

Para seguir en este verídico relato es menester trasportarnos á un par de meses antes de la escena referida. Con ocasión de la antigua y agradable costumbre de solemnizar la procesión del Sagrado Viático para administrar á los enfermos impedidos, colocando altares como punto de descanso á la procesión, la noche de la víspera era una fiesta donde se prodigaban las galas por el vecindario, tanto para adornar sus viviendas como para ataviar sus personas. Alguno que otro baile tenía efecto ante el altar mejor decorado, y la noche se

pasaba en desvelo, y la aurora encontraba las mejillas de las jóvenes, dada su robusta constitución, tan tersas y sonrosadas como si hubiesen pasado las horas en el descanso.

Esto hacía que lucidas comparsas subiesen de la ciudad, aumentando el número de curiosos, por presenciar tan agradables escenas, tomando parte en sus goces y sufriendo algunas veces tal cual desagradable consecuencia. No fué la menos aplaudida una que de estudiantes se formara. El director de ella, joven apuesto y casi licenciado en ambos derechos, tocaba la pandera á maravilla, é improvisaba unos cantares que le valían infinitos aplausos y también algunas que otras desazones. Era hijo único de un oidor de los de más gravedad y respeto de la Real Chancillería, que á duras penas soportaba el alegre genio de su mayorazgo, decidor como pocos y valiente como el primero. Este mozo, llamado D. Luis de Arias, tuvo la ocurrencia de acudir con sus compañeros de Universidad á la indicada fiesta y de ser en ella el héroe de las veladas.

Ante el altar formado en el ángulo de una tienda de la calle de Panaderos, la comparsa hizo alto, y con sus alegres preludios y los encantadores ecos de la flauta que tocaba un

ya viejo colegial de los Migueles, el concurso se fué aumentando por grados, y no quedó una joven que no acudiese á tomar parte en el festejo.

Entre los grupos de flores, que así podemos llamar á aquellos manojos de chicas que arrojaban las estrechas bocacalles inmediatas, descollaba la Maruja, tanto por su gallarda estatura cuanto por lo hermoso de su semblante.

Don Luis la vió, y súbitamente sus miradas se cambiaron con las de María. Parece que un fuego inesperado abrasó á ambos, ó una misteriosa simpatía les atrajera, pues desde aquel instante ni para el mancebo hubo otra cosa que ver, ni para la gallarda cabrera existió otro objeto que llamara su atención.

Entonces el estudiante, moviendo con rapidez su pandereta, se acercó cuanto pudo á la jóven, y cantó con melodioso acento lo siguiente.

Ya no hace falta la luna  
ni las estrellas tampoco,  
que acaba el sol de salir  
en las niñas de tus ojos.

María se puso encarnada como la grana; el concurso aplaudió la galantería del cantar; pero nadie paró mientes en aquello, ni menos

el pretendiente Juanillo, que, como suele acontecer á los desventurados, estuvo aquella noche buscando á su ídolo, sin encontrarla, entre la apiñada multitud.

Y se terminó la festividad, y los estudiantes y las mozuelas se retiraron á sus casas, y don Luis y María cambiaron una sola mirada de despedida, pero de esas que dejan imperecedero recuerdo en las almas; que así debió de ser, al menos para la muchacha, lo prueba el no haber correspondido más á las galanterías del tejedor, y causa ya descubierta y ocasional de lo que anteriormente hemos relatado.

### III

Mojado y cariacontecido dejamos al buen Juan por el baño inesperado que le propinara su pretendida suegra, y aun mayor fué su disgusto por las frases ofensivas á su gremio que aquélla pronunciara.

Creó de su deber ponerlas en conocimiento de su veedor, rechoncho y mofletudo maestro, que lo mismo llevaba el estandarte en los días de tabla, que se sorbía, pacíficamente se entienda, una botija del blanco de los caseríos.

—Muchacho—le contestó, acabada que fué

la relación del Martínez,—calabazas mayores que las tuyas no se crían en la huerta de San Antonio, y eso que el P. Basilio tiene en ello su prurito; te han enseñado la miel, y luégo te han clavado el aguijón; pero ni los retruécanos de la Cabrera, que, al fin, algo se le ha de pegar con el roce de su cornuda compañía, ni tus sandeces ni canseras con la hija, son el motivo de lo que te pasa. Desengáñate, Juanillo: cuando una hembra se atasca, es que tiene un nudo; y cuando una joven dice que nones, es porque comulga en otra parroquia. Rival tenemos, y rival favorecido; acecha y convéncete, que en cuanto á que la Carmen hable mal del honrado gremio de la lana, harto tiene que hacer con pelarse el bigote, y rascarle el barro á las chotas.

Estas razones fueron pronunciadas, por supuesto, apurando sendos tragos en la taberna de la Charca á costa del que tan necesitado andaba de consejos.

—Pero, maestro Alfonso—le replicó aquél, —si no parece alma viviente; si á las oraciones se tapián las ventanas, y sólo se abre la puerta para dar entrada á los mozos con ramaje.

—Quien busca halla—contestaba el viejo.

—No es posible—insistía el joven; y Dios

sabe cuándo hubiese cesado la disputa, si un aprendiz, entrando precipitadamente, no hubiese dicho algunas frases al oído de Juan.

Este se levantó á seguida, y despidiéndose de su maestro principal, exclamó:

—Teníais razón sobrada: hay moros en campaña, y poco he de poder si no averiguo á qué viento se inclina esta veleta.

Pocos momentos después sonó el toque de ánimas; todos se descubrieron respetuosamente, saliendo para dirigirse á sus moradas.

#### IV

Es necesario que expliquemos la causa de la precipitada marcha del tejedor de la taberna.

Como buen enamorado, y por añadidura celoso, no descansaba un instante en el cuidado que le desvelaba. Cuando no podía por sí mismo ejercer su centinela, comisionaba al aprendiz, cuya buena voluntad se atraía con algunos regalos de comestibles.

Este, la noche en que fué en su busca, oculto en las primeras gradas del Aljibe, reparó en un bulto con más trazas de hidalgo que de menestral, y que se recataba el rostro con el

embozo, á pesar de que la estación nada motivaba esta medida.

Siguiendo en sus investigaciones, notó que se detenía delante de las rejas de la cabrera tosiendo de una manera particular y continuando su paseo, cuando nada conseguía con aquella especie de reclamo.

Por fin, á las cuatro ó cinco vueltas, una ventana se abrió, y la linda cabeza de la rubia apareció en el marco. El galán entonces la arrojó un ramillete de flores que llevaba debajo de la capa, y del que pendía un billete que se notaba en la atadura.

La joven cerró la ventana sin devolver el mensaje; el rondador bajó á buen paso la calle, y el aprendiz fuése á contar lo sucedido.

## V

Algunas semanas después, las lenguas murmuradoras de aquellos sitios tenían nuevo asunto en que entretenerse: los amores de la Maruja, á quien un gallardo joven seguía á todas partes, con marcadas señales de ser correspondido.

Sombra de ambos era Juan, que de lejos

vigilaba, y que abandonando su trabajo se había vuelto bebedor y pendenciero.

Tanto se hablaba ya, que con pelos y señales llegó el caso á los oídos de la Carmen.

Esta tuvo con su hija una interesante explicación.

La muchacha le contó que desde la noche de los altares, su pecho se abría á la más li-sonjera de las ilusiones. Que la imagen del estudiante de la pandereta no se separaba de su pensamiento, y que su pena no tuvo límites cuando pasaban días sin volverlo á ver. Que se creyó olvidada, y de ahí provenían sus continuos suspiros, cuando una noche, llevada de su anhelo, y sintiendo ruidos de pasos en la calle, se asomó, conociéndole y recibiendo el amoroso billete.

—¿Y para esto me empeñé en que el señor Beneficiado te enseñase la lectura?—le interrumpía la madre entre fosca y complacida.

Siguiendo en sus explicaciones, la rubia expresó que la carta le demostraba que el galán había caído enfermo, cuando la serenata, de un catarro, producto del aire fresco de la calle de Gomerés, donde vivía. Que ya aliviado, indagó quién era la señora de sus ensueños, y que al verse correspondido estaba pronto á dar

vida y nombre á su ídolo, sin reparar en clase ni condición, porque tened entendido, madre mía, que se llama D. Luis de Arias, y es hijo de un oidor de la Chancillería.

La sorpresa que llevó la Carmen al escuchar tales razonamientos fué terrible. La lucha entre su amor de madre, la ambición satisfecha por el brillante partido que se presentaba á su hija, y el miedo al qué dirán de las gentes de su clase, trastornaba los cascos de la buena vieja, que tuvo que acudir al frasco del anisete para tomar una resolución acertada.

—Todo lo que me cuentas será muy bueno—le respondió á la niña;—pero la honra fué la mejor gala de nuestra pobreza, y no verás al mozalbete ínterin no aclare yo ciertos puntos oscuros.

—Nada tenéis que decirme de honra—exclamó Maruja seriamente.—Ni una sombra puede haberla siquiera empañado. Tengo su fe de caballero, y camina con buen fin.

—Ahí llaman; esos buenos fines son los que me tocan examinar mañana—repuso la madre;—descansemos ya, y que el próximo día alumbre, ó tu completa ventura ó nuestra desdicha.

VI

Y como es uso y costumbre, amaneció el siguiente día; y antes que se mediara, Carmen y su hija, que en verdad iba guapa como una rosa, se dirigieron por la plaza Nueva á casa del encopetado señorón.

No cuentan las crónicas el diálogo, digno de oirse, entre tan distintos caracteres; pero contra todo lo imaginable, y después de una larga hora de discusión, salió concertada nada menos que la próxima boda de D. Luis y de María. Chasco entre los chascos, aberración en aquella época, por lo que se devanaban los sesos los curiosos para averiguar el mágico talismán que salvaba tantos escrúpulos, achacándolo unos al hechizo de los ojos de la rubia, y otros al conocimiento de un pellejo de gato romano relleno de onzas de oro de toda ley como dote de la doncella.

Fuese lo que fuese, el matrimonio iba á verificarse; D. Luis acompañaba á la cabrera los días festivos á misa, y á paseo por las murallas, y en el vecindario se susurraba que Carmen vendía casa y hato para trasladarse á otro punto de la ciudad.

Iba corrida una amonestación; Juan no parecía por su fábrica, ni se le veía como antes en las calles. Sus amigos no le hallaban, y algunos, muy quedos, decían que se juntaba con malas compañías. Pero no volvió á molestar á su amada, ni hecho ninguna clase de gestiones.

Una noche de las primeras de Octubre, la atmósfera, cargada de espesas nubes, preludia ya la tristeza del otoño.

En casa de la joven, D. Luis se disponía á retirarse después de repetir las protestas de cariño tan comunes en los amantes.

Sin darse razón del porqué, María experimentaba un secreto pesar. Mientras aquél bajaba las escaleras, entreabrió con mucho tiento una ventana, dirigiendo miradas investigadoras á la calle. Creyó descubrir entre la oscuridad unos bultos que se recataban detrás de una esquina formada en la acera opuesta.

— No salgas, Luis mío — dijo antes que aquél franquease la puerta. — Deja que te acompañen los mozos de mi madre; tengo miedo. Esa tormenta que amenaza me asusta.

— Nada temas, ángel de mi vida; llevo mi buena espada, y nunca he causado daño para tener enemigos; quisiera complacerte en salir

acompañado, pero fuera una mengua para mi nombre y mi reputación.

Ante estas razones, tan fuertes en los tiempos en que se pronunciaban, madre é hija callaron, despidiéndole con un ¡Dios le guarde de todo mal! sinceramente deseado.

Pero María no se tranquilizó por eso. Abrió nuevamente la reja, y vió á D. Luis, que con paso tranquilo se internaba en la callejuela.

Después los bultos que ya descubriera en número de cinco, que marchaban á su alcance.

No pudo contenerse, y sin pedir otro auxilio, loca, desalentada, salió á la calle.

El hidalgo había penetrado en la calleja para salir á una cuestecilla que comunicaba con otro trozo de camino antes de llegar al carril de la Alhacaba.

Sintió ruido de pisadas, y volviendo el rostro, descubrió el grupo que le daba alcance.

El instinto natural le hizo conocer que afrontaba un gran peligro. Antes que á él llegasen, se guareció en el dintel de la puerta de una casa que iluminaba débilmente un pequeño farol vecino, colgado ante la imagen de una Virgen, á la que tenían devoción extrema las mujeres que iban á lavar sus ropas en la alberca del huerto colindante.

No teniendo que temer por la espalda, desenvainó la espada y esperó.

Fuertes relámpagos cruzaban la atmósfera y lejanos truenos se dejaban oír.

Los cinco hombres que capitaneaba Juan el tejedor, escogidos entre los escapados de gale-ras, iban armados de estoques y puñales.

No se descubría alma viviente en el con-torno.

Sin hablar palabra, los asesinos cercaron al hidalgo, y cinco estocadas tuvo que parar á duras penas con un rápido molinete.

Su muerte era segura.

En esto se oyeron pasos en la encrucijada. Era María.

Ante tan imponente situación, y en menos tiempo del que se tarda en describirlo, la jo-ven se hincó de rodillas, y cruzando las ma-nos exclamó:

— ¡Bendita Madre del Consuelo, salva á un inocente!

No bien pronunció estas palabras, cuando la luz del mezquino farolillo irradió con un es-plendor maravilloso, tiñendo de azufrado co-lor las caras de los bandidos.

Un terror súbito les acometió en el acto.

Espantados, sin darse cuenta de lo que les

ocurría, huyeron presurosos, abandonando sombreros y armas, que fueron recogidos por la ronda.

Don Luis, libre de tan grave riesgo, cogió entre sus brazos á María, que se desmayó sobre el pavimento.

## VII

Terminada la enfermedad que el susto ocasionó á la bella, la boda se celebró sin otro accidente. Nada se volvió á saber de Juan, de quien afirmaban había pasado á las Américas.

Excusado es decir que la fe de las honradas lavanderas por su Virgen creció en sumo grado, y que llegó á su colmo el entusiasmo, cuando, después de una solemne función de gracias al Altísimo, celebrada en la parroquia, se restauró y adornó el cuadro que representaba en lienzo la santa efigie de Nuestra Señora de la Consolación.

Por espacio de más de un siglo no faltaron las luces ante la imagen, conocida entre aquellas buenas gentes por *La Virgen del Lavadero*.

VIII

Al presente, casa, portón y cuadro han desaparecido. Las primeras, al peso de los años, y el segundo, tal vez en cualquiera de las revueltas políticas atravesadas. Sólo quedan los solares de los edificios que se reseñan y parte del huerto con el lavadero, que hoy se conoce por el de Méndez.

---

# LA CASA DE LA COLUMNA

---

## LEYENDA

---

### I

Luz de mi alma,  
sol de los soles,  
aura de vida,  
flor de las flores,  
maga que alientas  
mis ilusiones,  
estos conceptos  
plácida acoge  
como memoria  
de puros goces  
que hoy la desgracia  
deshace y rompe.

### II

Dos meses después de pronunciadas por el triste Boabdil, ante los Monarcas Católicos, aquellas célebres palabras de «tuyos somos, Rey invencible; esta ciudad y reino te entregamos; confiado usarás con nosotros de cle-

mencia y de templanza, » y que le sirvieron de despedida para marchar á sus nuevos estados de la Alpujarra, uno de sus xeques más valerosos, que aunque joven había vertido repetidas veces su sangre en defensa del vacilante trono, y que pertenecía á la tribu belicosa de los Gomerés, llamado Andallá, no satisfecho del trato del vencedor, se dispuso á partir al Africa.

Honda pena producía esta resolución en el noble musulmán; dejaba dentro de la última línea de murallas de la Alcazaba una inocente y bellísima mora, que era el ídolo de su amor, y cuya imagen no podía olvidar. Pero el padre de aquélla, más avaro que buen creyente, no cambiaba su cómodo palacio y sus fértiles tierras por la ignorada suerte que le pudiera caber en los arenales africanos. Hasta trataba de convertirse á la religión de los opresores, y una formal negativa fué lo que oyó Andallá con estas palabras del anciano.

— En Granada he nacido y en ella moriré, y mi hija no se separará de mi lado. Tal lo quiere el destino.

El joven Gomer salió de la casa con la frente inclinada; y dirigiendo una mirada de inmensa ternura á Leila, que le contemplaba

desde un elevado ajimez señalándole el cielo, vertió una lágrima de fuego, y hundiendo los acicates al berberisco alazán cruzó á escape la puerta de Bib-al-bonut.

### III

¡Que hermosa es la primavera en Granada! La atmósfera se perfuma con el aroma de los miles de flores que brotan de su suelo bendecido; un sol esplendente ilumina sus días; estrellas de purísimo fulgor alumbran sus noches; el alma se eleva á glorificar la obra del Supremo Hacedor, y el pecho se ensancha aspirando la salud que á Aquél plugo conceder á este humano paraíso.

Pero Leila se mostraba indiferente á tales encantos. No queriendo abandonar la estancia desde donde vió por última vez á su amante, pasaba las horas tras de las caladas celosías del altísimo mirador.

Desde aquel sitio se descubría un horizonte capaz de hechizar al menos entusiasta.

A los pies la ciudad, bordada de huertos y miradores hasta las mismas orillas del Dauro; á la izquierda la regia mansión de los Alhambres, con su cinturón de torres y fortalezas;

á la derecha las que defendieron hasta entonces á los bizarros Zenetes y á los expulsados de Baeza, con su puerta de Bib-Electet y su castillo de Bi-Monaita, más allá la Vega, rebosando de lozanos sembrados y frondosas alamedas, cubriendo el curso del plateado Genil, y á lo lejos los volcánicos picos de la Sierra Elvira, los enhiestos de Parapanda y de Loja, uniéndose con los que sobresalen á las nubes en la Nevada Sierra.

Allí, como queriendo traspasar las cumbres del Veleta, es donde se fijaban los ojos de Leila. Sabía que detrás un mar azulado agitaba sus ondas, y soñaba en que las brisas del Estrecho, que franquearan las huestes de Tarif, traerían los suspiros del nunca olvidado amante á la que firme y cariñosa los aguardaba.

Al amanecer un día de los primeros de Mayo, en la ventana de Leila se posó una pareja de oscuras golondrinas. Sus alegres chirridos indicaban el placer de encontrar el ansiado albergue, y con rápidos giros saltaban al alfeizar, donde se conservaba el nido del año anterior.

La joven, al asomarse como de costumbre á mirar á la sierra, quedó sorprendida de la llegada de las viajeras. ¡Ah! ¡Ellas quizá ho-

ras antes se posarían en el lugar de sus ensueños; y con el impulso de sus negras alas, eran capaces de volver en raudo vuelo adonde se dirigía su pensamiento!

Desde entonces no se cuidó de otra cosa sino de acariciar á los pajarillos.

Estos correspondían á su afecto, y se familiarizaron hasta posarse en sus hombros.

Entonces descubrió que entre sus cuellos tenían arrollada una leve cinta del mismo color de las plumas.

La curiosidad femenil, aumentada con la esperanza, no la permitieron sosegar hasta que logró desprenderlas.

¡Y gozo inefable! en su idioma patrio leyó lo que sigue:

«La ausencia mata, pero siempre aguardo.»

#### IV

Mezclado el pesar con la alegría, vió partir en el otoño á las aladas mensajeras. ¡Qué triste invierno pasó la pobre niña! ¿Llegarían salvas á su destino? Porque no cabía duda que su punto de reposo tenía de ser la ciudad santa de los árabes: Tetuán, la de los altos alminares, la de espaciosas mezquitas, tan res-

petadas por los sectarios del Profeta. También las aves llevaban otro lazo con estas inscripciones :

« Esperar es vivir. »

Nunca la estación de la rosas fué deseada con mayor anhelo.

Los primeros brotes de los almendros en los adarves moriscos, le semejaban la llegada del risueño mes, y la primera mirada que á la inmensa extensión que desde la ventana se descubría arrojaba la joven, era para aguardar la vuelta de las que habrían de traer la tranquilidad á su agitado espíritu.

Volvieron las golondrinas, pero ¡ amarga decepción ! ninguna con motes ni cordones.

Una fiebre violenta acometió á la beldad á causa de semejante olvido, y no hubo sabio alfaquí, ni venerado santón, que acertase con la medicina. El padre se arrepentía de su dureza, cuando en calurosa tarde de Junio una pequeña cabalgata se detuvo ante la entrada del palacio.

Era Andallá y cinco esclavos que le acompañaban solicitando ser introducidos.

La escena que se representó ya se la pueden figurar los lectores. Leila se alivió como por ensalmo, hubo perdón y consentimiento

paterno, y añaden viejas historias que figuraron tiempos después en el padrón de los cristianos convertidos.

Sí consta que desde aquella fecha se tuvo una singular predilección á las golondrinas que gozaron de facultades especiales para anidar en todos los techos del edificio, por más que manchasen el mármol de los pavimentos y el alicatado de la ensambladura.

El ajimez se conservó con exquisito cuidado, y diestro artífice grabó en sus bordes las frases que las golondrinas trajeron y llevaron en sus cuellos.

Lo que ambos amantes hablarían desde el pintoresco sitio, contándose sus duelos ya pasados, y sus esperanzas futuras, son de esas cosas que por sabidas pueden omitirse.

## V

Hoy, subiendo el trozo de la empedrada cuesta que desemboca en el carril arrecifado que desde Santa Isabel conduce á San Nicolás, se ven restos de un grande caserón, y en la parte más alta, en una torrecilla de forma irregular, desde donde se descubre y domina todo el paisaje, aun existe un balcón de estilo

árabe, partido en dos por un elegante trozo de mármol blanco que lo sostiene.

Entre el vulgo es conocido el edificio por *La Casa de la columna*, y aun sirve de descanso á las errantes viajeras.

# LA CASA DE LOS CORAZONES

---

## LEYENDA.

---

### I

Cuantas personas subían á rezar el santo jubileo á la iglesia de San Bartolomé en uno de los últimos años del pasado siglo, se detenían con asombro y conversaban en voz baja, siendo el tema de sus comentarios la fachada de una casa que se acababa de construir en la placeta del mismo nombre. No es porque su estructura tuviese nada de extraño, ni un formidable escudo de armas la adornase, ni luciese primorosos calados ni arabescos perfileres; antes bien, era vulgar todo su exterior, pero en cambio, en vez de pinturas alegóricas, como se usaban entonces, ó lisa ó llana la calblanqueando las paredes, éstas se veían atestadas materialmente de unos recuadros ó recortes en figura de corazones, tanto que para otro signo no quedaba el más pequeño claro. Lo mismo acontecía en el portal, pudiendo decirse que era un solo corazón el edificio.

El emblema era lógico que despertase la curiosidad de los transeuntes, no de los del vecindario, pues éstos bien sabían la causa original de aquella extraña decoración; mas como nuestros lectores la ignoran, vamos á satisfacerles, contándoles el sucedido tal como lo refieren las viejas crónicas humanas que consultamos, pero haciendo antes una poca de historia.

## II

Entre las costumbres populares más halagüeñas y características que desgraciadamente se han perdido á la luz de tanta civilización como nos rodea, no era la menor la que se denominaba *Rifa de las Animas*.

En efecto, nada más clásico que estas fiestas que se efectuaban únicamente en los días de Pascua de Navidad, y cuyos productos, siempre crecidos, contribuían al sostenimiento del culto en las parroquias, y que, dando un tinte de religión á tan agradable pasatiempo, enseñaba al pueblo á no separarse en nada ni para nada de los preceptos de la religión católica.

En las pilas bautismales de Granada que

tenían á su cargo distrito rural, como, por ejemplo, la de San Ildefonso, la preparación de esta solemnidad ocupaba luengos días antes de la posterior del nacimiento. Comisiones formadas de los mayordomos de ánimas, del señor cura ó sus tenientes, del casi siempre padre sacristán y de un par de acólitos traviosos que llevaban una de las mulas de las que tiraban de la carroza del Santísimo, cargada con un ancho serón, recorrían las casas de los feligreses y los pagos de sus huertas y caseríos obteniendo abundantes regalos, bien en metálico como en especie, amén de la promesa de asistir el día de la rifa las muchachas y mozos de aquellos contornos.

Como todos los de la parroquia estaban acostumbrados á pagar con júbilo este voluntario tributo, júzguese del número de baratijas y objetos que se reunían, las que en sesión permanente eran tasadas y clasificadas por los postulantes con la añadidura de un suplementario adorno á la de menos mérito, consistente en cintas y moños, supliendo su coste de los fondos de la fábrica.

Llegado el día de la ceremonia, los chiquillos se encargaban de anunciar la hora, porque éstos sacaban también su escote por el úni-

co trabajo de dar vivas á las benditas ánimas durante el acto y cuando así lo exigía el rifador.

Para desempeñar este cargo se buscaba por los mayordomos un sujeto á propósito, picaresco y humorístico, que amenizara el acto con sus chistes y que supiera excitar el amor propio de los postores para hacer valer mucho á los objetos que se rifaban, por escaso que fuese su aprecio.

Recuerdan con fruición los antiguos á un célebre tío Villegas del barrio de San Lázaro, quien por la mañana en la puerta del convento de la Merced, y por las tardes en las Eras del Cristo, llevaba tras sí una inmensa concurrencia.

Vestido con un traje grotesco, enharinado el rostro y subido en una mesa, las más veces enemiga del equilibrio, inmediata á los bancos de los mayordomos, y á otra en que estaban colocados los efectos rifables, Villegas elevaba en sus manos con gran solemnidad, ya un hilo de uvas, una granada; un roscó, ó cualquiera otro objeto que encomiaba con la más graciosa exageración.

— A este melón de las benditas ánimas, ¿quién le hace postura? Animarse, mocitos y

mocitas que me estáis mirando con la boca abierta. El que se lo lleve, cada pepita se le volverá un grano de... digo de oro, para que tenga un rico melonar toda su vida. Un duro, veinte reales dan por el melón. ¡Bien por Pacorro...! Llévatelo, hijo, y regálaselo á tu novia, que no la sentarán mal las cortezas.

El interpelado Pacorro, encarnado como una guinda, depositaba sus monedas en la bandeja de las ánimas, y el jocoso anciano agarraba un rosco y haciendo piruetas exclamaba:

— Este sí que vale cuatro ducados como un ochavo. El rosco, el rosquito de mazapán, amasado por las manos de Frasquita la del Mirador, mi novia futura para cuando yo cumpla quince años en estas hierbas. Venid, mozuelos, venid, que desde mi púlpito diviso á cierto majo que ofrece una doblilla de Carlos III por la albaja.

— Cuatro duros por el rosco — decía acercándose un matón con aire de perdonavidas, sacando un bolso de seda verde con honores de talego.

— Cinco porque se me adjudique — prorrumpió la voz vinosa de un sargento de granaderos, nada joven para estos trances, y

de quien se murmuraba ser el preferido del padre y el desdeñado de la hija.

— Media onza de oro por el rosco — replicaba el majo,—y una de plomo para los de los galones — añadía con ronco acento.

— ¡Bravo! — exclamaron los paisanos; suyo es el confite, que se le adjudique.

Y aunque el del sable quiere terciar en la contienda, el Sr. Cura da por terminada la subasta, no sin que los contendientes se la juren entre sí para el primer encuentro que tengan en el camino real.

Y de estas y como estas peripecias, ocurrían á cada paso, y las pujas llegaban á sumas á veces cuantiosas, y la muchedumbre crecía por momentos, pues el pueblo que hoy se encamina en semejantes días á gastar el fruto de su trabajo en los ventorrillos y case-ríos, sin lograr otra distracción que la repug-nante de la embriaguez, entonces acudía á estos espectáculos en unión de las muchachas de las cercanías, á quienes regalaban los efectos rifados, y en cuya adquisición empleaban gustosos cuanto dinero llevaban, con tal de ganarse el afecto de las mismas.

Al irse apurando los objetos, el tío Ville-gas redoblaba sus movimientos de dislocación,

y ayudado por el espíritu de más de un vaso de vino, que de vez en cuando le suministraban los mayordomos para reanimar su facundia, sacaba de los objetos más endebles todo el partido posible, y al terminar la función era el tema obligado, ó por mejor decir, el saine-te, el arrancar un puñado de pelos á los chiquillos que inocentemente tenían puestas sus cabezas al nivel del tablado del rifador, quien ante los alaridos de aquéllos se bajaba diciendo :

— Muchachos, vivan las benditas ánimas de nuestra parroquia.

Ocurrencia que halagaba al concurso, y que afirmaban los mayordomos, tirando sendos puñados de almendras confitadas, que el público se apresuraba á recoger.

De tan chistosa y dulce manera terminaba la ceremonia, siendo condición precisa el reunirse á la noche los mayordomos y clerecía, casa del Sr. Cura, para verificar un escrupuloso recuento de fondos, tomar un corto refrigerio, y acordar el empleo, en honor del Santísimo, de aquellas limosnas tan agradablemente recogidas. A veces, cuando el producto era excesivo, se socorrían también las necesidades de los pobres del barrio, y hasta el tío

Villegas y los de su ministerio salían gananciosos con doble escote, favor que algunas veces les producía tal cual descalabradura en el festín al perder el equilibrio por los vapores del mosto, ó una así como tormenta de palos que les llevaba á cobijarse por unos cuantos días á la prevención.

En la época presente, á los templos de Dios suceden los de Baco. y al juego de la rifa de ánimas el inocente de la ruleta, y sólo en algunos lugarejos de la Sierra se conserva la piadosa costumbre que hemos procurado describir.

### III

Pues bien, un suceso igual al que reseñamos en el cuadro de costumbres anterior, tuvo efecto en la Pascua de 1795.

En la calle de Panaderos moraba una joven, de nombre Rosa, y que lo era por su rostro y por sus cualidades.

Los padres se ocupaban en la compra y venta de granos, y no teniendo otra hija, era á la vez su orgullo y su consuelo. Varios galanes habían pretendido su mano, y entre éstos, con consentimiento de ambas familias,

un sobrino del prior de los Agustinos, mercader bien acomodado. Pero se comentaba la indiferencia de Rosa al proyecto, á causa de los repetidos paseos que sobre un arrogante potro jerezano daba por su calle un su convecino, buen mozo, joven, de expresivos ojos y anchas y pobladas patillas. Llamábase Perico Guerrero, de honrados artesanos procedente, aunque sus ocupaciones eran bien distintas.

El rumor público lo daba como capitán ó jefe de una partida de bravos que se encargaban de introducir en la ciudad, libres de derechos, se entiende, gruesas corachas de tabaco, y pesados bultos de telas de todas clases.

Ello es que Pedro derramaba el oro, y tenía mayor número de amigos que de enemigos.

En la puerta de la ermita de la plaza Larga se celebraba en la Pascua ya dicha la rifa para las Animas.

Rosita había regalado un enorme corazón de pasta de almendra con un bonito lazo de cinta verde esperanza.

El cielo sin nubes, el sol lanzando sus rayos sobre la anchurosa plaza, prestaba alegría al cuadro, y el bullicio y la algazara del público aumentaba por momentos.

El rifador era el Chirino, más intencionado que gracioso.

Tocó su turno al objeto enviado por la joven.

—En ocho reales está puesto el corazoncito de almendra, que sabrá á gloria al que se lo coma, amasado por las manos de un ángel, á quien miro acompañada del que por su garbo dará triple cantidad al primer empujón.

Efectivamente, el mercader estaba con la aludida, y no pudo hacer oídos de ídem á la indirecta. Se adelantó exclamando :

—Treinta reales de vellón por la confitura.

—Doscientos, y en buenos duros españoles, añadió Pedro Guerrero entrando en el corro vestido con un rico traje andaluz, terciada al hombro vistosa manta, y dejando ver en la bordada canana un instrumento que de seguro no servía para limpiarse la dentadura.

El mercader se puso temblando de cólera; las mozuelas contemplaban con envidia á Rosa, y ésta cambió una mirada con el majo, fija señal de agradecimiento.

El trance se presentaba apurado para el novio consentido; no era su vicio la largueza, y su natural en sumo grado pacífico; pero las

circunstancias mandan, y con voz alterada prorrumpió:

—Treinta ducados, y cesen las porfias, que cuando sea mi mujer la haré que olvide estos amasijos.

No bien acabó de pronunciar estas palabras, y antes que el Chirino alargase el objeto, Pedro se apoyó en la mesa, y mirando á todos con desenfado, dijo:

—No hay más corazón que uno, y ese ha de ser mío. Cincuenta doblones tiene este bolso que arrojo en la bandeja; y si el aprendiz de fraile quiere más pujas, aun quedan otros en mis alforjas. En cuanto á las bodas, voy á darle el hisopo con que le han de rociar el agua bendita. Y sacando un enorme cuchillo, se fué para el mercader, que se alejó huyendo, y lo mismo hicieron los padres de Rosa con la niña, mientras el concurso ensalzaba la esplendidez del mozo, y los mayordomos detenían á la justicia en recompensa del cuantioso donativo.

Excusado es decir la zambra que hubo en la casa de la motora del disgusto. Fué castigada en no salir más á la calle, y ella sentenció al mercader á que no había de ponerse más delante de su vista.

Los padres, que adoraban en la chica, le despidieron y hubieran admitido de buen grado al Guerrero viéndola palidecer de día en día, pero de éste no se supo pelo ni hueso.

Y pasaron cuatro meses, cuando de pronto se susurró en la ciudad la noticia de haberse verificado un formidable alijo, y que la Alcaicería y Zacatín estaban atestados de excelentes mercancías por arte de birlibirloque.

Y gorda debió de ser la función, pues costó el destino del Sr. Intendente, y el pellejo á algunos carabineros y migueletes.

Coincidiendo con el caso, se volvió á presentar Guerrero dando caballadas por la calle, la niña á sonrosearse, y los padres á aflojar en la clausura, pues que una tarde probó ella las ancas del potro, y á otro día amaneció casada y habitando en el edificio de la placeta de San Bartolomé.

Y dineros ganaría durante su viaje, pues compró una fértil heredad al pie de la Cartuja, y gastó sendos escudos en el menaje de la vivienda. Al reformarla tuvo el capricho de adornarla del extraño modo que llevamos dicho — para que tragasen corazones — decía muy orondo — todos los que de su conducta y matrimonio se ocupasen. Antojo que no hubo

de llevarse á mal, sino por el consabido mercader, que, para evitarse vayas de sus colegas, trasladó su comercio á la plaza de Cádiz, donde no sabemos si haría carrera, ó si procrearía otros cuatro hijos tan hermosos como los que el cielo concedió á Rosa para gloria del caballista, ya convertido en un pacífico labrador y deleite de los abuelos, que hasta su muerte no dejaron de visitar todos los días *la casa de los corazones*.

### III

Unos treinta años hace que, ruinoso el edificio, fué convertido en huerto y agregado por su último poseedor á la finca rústica que se conoce por el *Mataderillo*.

---

# LA CUEVA DE LA ENCANTADA

---

## CUENTO

---

### I

Entre las tortuosas veredas que dan acceso al paraje conocido por *Montes-Claros*, parroquia del Salvador, y que constituye toda la falda del cerro de San Miguel, hasta el camino del Sacro-Monte, á la izquierda, subiendo, parte integrante del famoso valle de *Valparaiso*, mansión de la salud y de la alegría, de claras y saludables fuentes y frondosas alamedas, en una de sus cañadas ó barranco, hoy conocido por el de *Puente Quebrado*, afirman los ancianos del contorno que á mediados del siglo anterior existía en el repecho más áspero de subir, y del lado del Saliente, una cueva ruinoso y abandonada, cuyo pórtico coronaba un peñón casi desprendido del terreno, perpetua amenaza para los que por aquellos sitios se aproximasen.

No era necesario este aviso, pues desde que en una noche de espantosa tormenta tuvo lu-

gar el hundimiento de parte de la techumbre, los que en ella moraban, que era un matrimonio que se ocupaba en mendigar en la ciudad, huyeron precipitadamente, afirmando que era imposible habitar en ella, pues ruidos extraños se escuchaban, y tenebrosas visiones aparecían de vez en cuando.

A la sencillez y rusticidad de los vecinos, bastó y sobró esta explicación para dar el paraje como maldito, y aunque intervinieron el Santo Tribunal y la justicia ordinaria, nada averiguaron, ni notaron otras cosas extrañas que algunas hendiduras en las paredes, producto, sin duda, de los sacudimientos subterráneos.

Pero cuando las rondas y alguaciles se retiraban, y en las altas horas de la noche el silencio y la oscuridad reinaban en aquellos parajes, entonces insistían aún los que desde lejos los contemplaban, que ocurrían en la cueva escenas bien extrañas.

Y vuelta á subir los ministriles, armados hasta los dientes y provistos de linternas sordas, y á jadear los escribanos del crimen llevando á sus pasantes provistos de sendos tinteros para dar fe de la supuesta brujería, y los sacristanes á rociarla con agua bendita, y

todos á perder el tiempo, pues nada se llegaba á descubrir, ni pudo prenderse en ella ser humano ni irracional.

No obstante, se notaba la desaparición de varios mancebos de la ribera, y la de otros jóvenes que á deshora recorrían el camino, y se achacaba esta pérdida, más que á deseo propio de cambiar de patria para buscar fortuna en otros países, á producto de los maleficios de los supuestos habitantes del temido antro.

¿Sería esto verídico? Narremos lo que fantásticamente se contaba como sucedido.

## II

Antes de que el lucero de la mañana apareciese en el horizonte, y con el intervalo de una semana á otra, la cueva se iluminaba con una claridad suavísima, principiando en la hendidura que señalaba el fondo de la pared extrema y confundiéndose con la luz crepuscular.

Del referido muro, que sin violencia ni convulsión se entreabría, se destacaba hasta colocarse en el dintel una mujer hermosa como un ángel, vestida con un magnífico traje oriental cubierto de rica pedrería.

Apenas llegaba al sitio, dos esclavos le

traían un sillón de marfil, retirándose en el acto. Entonces ella se quitaba el blanco velo que cubría su cabeza, tomaba asiento, y con un primoroso peine de concha empezaba á arreglarse el cabello, que soltaba sobre los hombros.

Porque la particularidad de la arrogante maga era poseer una cabellera tan larga y poblada como no es posible concebir otra.

Cada vez que con sus nacarados dedos introducía el afilado peine en sus espesos bucles, éstos se prolongaban extraordinariamente; y cuando el viento los llevaba á su impulso, las hebras doradas formaban una nube diáfana, que, flotando en el espacio y pasando por cima de la arboleda de los cármenes, iban á mojar sus puntas en las aguas del Dauro, retirándose á seguida con una gota nacarada en cada una de ellas, plegándose al rededor del cuerpo de la bellísima mujer.

Y aquí entra lo maravilloso. A los pocos minutos, cada gota de rocío se trasformaba en una piedra preciosa de todas las clases conocida. Su cabellera era un continuo tesoro. Brillantes, esmeraldas, perlas, zafiros, brotaban al contacto de la seductora cabeza, y el pavimento resplandecía con un brillo inusita-

do. Entonces salían unas jóvenes servidoras vestidas como su dueña, y en bandejas de oro echaban á puñados aquella riqueza, bastante por sí sola para conquistar un reino.

Pero algunas veces, las puntas de los hechizados cabellos atraían un objeto bien diferente. Imanes de especie desconocida, arrastraban ; caso admirable! hombres, pero en la flor de su juventud, enredados entre los espesos hilos de aquel laberinto dorado. Ninguno de ellos salía del éxtasis en que estaba sumido; y al detenerse delante de la cueva, ella los miraba un instante haciendo un gesto de supremo desdén. A seguida aparecían dos robustos negros, agarraban en sus fornidos brazos al mancebo, y perdiéndose con él por la hendidura, nunca más volvía á la superficie.

Y así pasaban los años. La magia no conseguía su objeto. El encanto estaba por romperse; tesoros y jóvenes se perdían en aquellos ámbitos.

Porque afirmaban los conocedores de este misterio era una princesa africana la moradora del extraño lugar, que el genio protector de un desdeñado amante la condenara á tan intempestivo tocado, robándola de su patria para sufrir tan terrible castigo.

Esto de que las mujeres sean más ó menos princesas, tengan tan duro el corazón, es negocio para examinarse con cuidado, y que produce consecuencias lamentables.

Sin duda la consigna para cesar en el castigo debió de ser que aquella helada roca sintiera el fuego que producen los primeros amores, cuanto que á los mohines de desprecio dirigidos á los mozos que caían en la red, continuaba á su debido tiempo la ruda faena del alisamiento de la cabellera. Mas esto ocurría porque para ninguno de ellos estaba reservado el trance de dar cima á la aventura.

### III

Don César de Orozco era un opulento mayorazgo con casa solariega en la placeta de Porras, que ostentaba en el lado izquierdo de su justillo la roja cruz de Santiago, que tenía los servidores por docenas, y los mejores caballos que se criaban en las campiñas cordobesas. Su galantería era proverbial, aunque á ninguna dama hubiese dado palabra de casamiento. Hombre serio, de arrogante figura, y ágil en los ejercicios corporales, era, si no

querido algunas veces, respetado siempre por sus valiosas prendas de carácter. Dado á los lances más aventurados, llegó á sus oídos la narración fantástica que le hizo uno de sus lacayos, y quiso averiguar la certeza de los hechos.

Desde entonces, todas las noches al sonar la una de la madrugada abandonaba su habitación, y provisto de espada de excelente hoja, y colgado al cinto un seguro pistolete, enderezaba sus pasos por las cuevas á apostarse en las sinuosidades del barranco.

Tarea inútil: sólo las patrullas encontraba, á las que su preclaro nombre imponía respeto, lamentando el antojo que ya calificaban de locura.

Y pasaron algunos meses, pero D. César, firme en su capricho, no cesaba en su ronda, como tampoco callaban los desocupados, discutiendo las maravillas que ocurrían.

Pero una noche fría de Enero de la época citada, en que por miedo á la escarcha nadie se atrevía á dejar su lecho, y en que una luna clara presentaba los objetos como alumbrados por el sol, D. César, en vez de hundirse en la quebrada, se ocultó en la sombra que formaban las tapias de una heredad vecina, dispuesto á esperar el amanecer.

Y para el hidalgo estaría reservado el espectáculo. Tras de dos horas de acecho, un estremecimiento inexplicable le conmovió. Acababa de presentarse en la boca de la cueva la hechizada princesa, radiante de majestad y de hermosura. Empezó la operación de siempre: el peine se introdujo en sus cabellos; pero esta vez, la única hasta entonces, permanecieron sin alargarse ni flotar á merced de las auras.

La joven dirigió una mirada de asombro á su alrededor. Rápido como el pensamiento, don César franqueó el espacio que lo separaba, y cayó de rodillas ante aquélla.

No se movió de su asiento, ni hizo el gesto de desprecio que tenía por costumbre. El rostro agradable del hidalgo y su negro y retorcido bigote no le parecerían humo de pajas, cuando no retiró las manos que éste le cubría de besos. Tampoco salieron los etíopes, ni nada interrumpió el coloquio que entablaron. Sólo el frío se dejaba sentir; pero esto poca mella puede hacer en pechos en que germina el amor con su ardorosa llama.

Por último, al asomar la aurora, la princesa exclamó :

—Sois el único para quien mi alma ha en-

contrado simpatía; tal vez cese á su influjo el poder que me aprisiona. ¿Estáis dispuesto á seguirme?

—A todas partes. Por vos arrostraré cuantos peligros se presentaren. Mandad; sois la vida de mi vida.

La bella se levantó envolviéndose en su velo, y entró en la cueva. Allí la siguió denodadamente el de Osorio, cuando un ruido subterráneo se dejó oír. El peñón que amenazaba desde lo alto, se hundió con estrépito y con sus escombros tapó la entrada, dejando sólo un pequeño agujero.

#### IV

Juzguen nuestros lectores la perturbación que produciría en Granada la desaparición de don César.

La justicia hizo toda clase de averiguaciones, pero en balde; los trabajadores agrandaron á fuerza de pico la entrada que ocultó el desprendido peñasco, y ni un leve indicio pudieron hallar dentro.

Así como se ha sabido lo pasado en la célebre noche, se ignoró siempre la suerte del atrevido mayorazgo. Un primo suyo tomó po-

sesión de sus bienes, y se daba por muy satisfecho con dedicar una parte de sus pingües rentas al pago de un novenario anual de misas en la iglesia de San José. Un día tuvo un breve rato de amargura. Procedentes de Fez. recibió unos ricos presentes que le mandaba un príncipe árabe, que se titulaba muy su amigo, y que se interesaba por su salud. Hubo sospechas de la embajada; se volvió á recordar la desaparición de D. César; pero el olvido, arrojando su manto, dió por terminado el suceso.

Para el vulgo, la caída del peñón prestó mayor prestigio á sus murmuraciones. *La Cueva de la Encantada* fué el nombre con que designaron el sitio, hasta que las lluvias, ablandando el cerro, concluyeron por borrar la entrada.

## V

Algunas veces, al regresar de las avellane-ras que con sus *salas bajas* forman una especie de Oasis en los calurosos días de Agosto, cuando las sombras se extienden por el firmamento, prestando vagos reflejos á los lugares que se recorren, al pasar por el sitio donde

existió la *Cueva de los Hechizos*, trasportada la mente á imaginarias regiones, se cree ver flotar en el espacio así como una nube de delgados hilos que el céfiro esparce, y que ya se juntan formando tupida madeja, como los separa á su leve soplo en impalpables átomos que á la vista no le es dado descubrir.

Sin son productos del agitado cerebro, ó consecuencias de la merienda sazónada con el *vinillo apagado* de Jesús del Valle, eso puede juzgarlo el que guste de andar estos lugares y ocuparse en tales averiguaciones.

---

# EL BALCON MALDITO

---

## LEYENDA.

---

### I

Con el pecho atravesado  
está Rosendo de Heredia,  
alférez del bravo tercio  
que manda D. Pedro Dueñas.  
Sobre si tiene los ojos  
puestos en noble doncella,  
en el *Aljibe de Trillo*,  
hubo terrible pendencia.  
Que los galanes adustos,  
cuando no logran su empresa,  
en vez de adorar á Venus,  
á Marte se recomiendan.  
Cuchilladas y mandobles  
tras de músicas y fiestas,  
son contrastes, cual las lágrimas  
que las risas acarrear.  
¡Mal haya de los amores  
que dan tales consecuencias,  
y de las damas que olvidan  
de su decoro las reglas!

II

De San Pedro en la parroquia,  
viven, principal morada  
que antiguo blasón adorna,  
una joven y una anciana.  
Son hija y madre, viuda  
hace diez años quedara,  
aunque con rentas cuantiosas,  
sin otro arrimo ni guarda.  
Parientes tiene lejanos,  
que aun más lejanos se hallan,  
así es que pajes y dueñas  
la hacienda comen y gastan.  
Doña Luz más se preocupa  
de rosarios que de galas,  
pero Elvira es otra cosa,  
¡serán cosas de muchacha!  
Cuenta dieciseis abriles,  
con un talle y una cara,  
que al hombre que la contempla  
le es difícil olvidarla.  
Tiene para más hechizo  
voz de sirena si canta,  
y en garbo y en donosura  
nadie la vence si baila.

Pero en esta perfección  
hay un *pero* por desgracia,  
los devaneos le gustan  
y los requiebros le agradan.  
Y como rica y hermosa  
los galanes no la faltan,  
y sin padre y sin hermanos  
su voluntad es sagrada;  
da pábulo á los rumores  
en perjuicio de su fama,  
y motivo de aventuras  
que terminan en desgracias.

### III

Amó Elvira al buen alférez  
por su porte y por su brío,  
y en tres meses, ni una noche  
hubo claro en sus delirios.  
Mas lo envían á la corte  
los asuntos del servicio,  
y como dice el refrán,  
ausencias causan olvido.  
Las epístolas primeras  
rebosaban de cariño,  
después entró la templanza,  
tras de la templanza, el frío.

Hasta que rotos los diques,  
ella, sin ni el s6bre abrirlo,  
volvi6 su carta al mancebo  
con un desprecio infinito.  
Y fu6 que opulento hidalgo,  
visit6 6 Elvira un domingo,  
y el lunes dej6 al de Heredia,  
y el martes le di6 su sitio.  
Pronto se enter6 el soldado  
del penoso sucedido,  
jur6 vengar su desdicha  
y oculto 6 Granada vino.  
En la otra calle aguard6  
al gal6n favorecido,  
mas el que est6 sin ventura  
nunca logra sus designios.  
Una terrible estocada  
le hace caer dando un grito,  
6 que acude el vecindario,  
que cari6oso y solcito  
6 su lecho le conducen,  
yendo m6s muerto que vivo.

#### IV

Veleta que en alta torre  
gira con todos los vientos,

es el corazón mudable  
que no guarda sus afectos.  
Mujer que promete dicha  
y burla sus juramentos,  
es como nube que empaña  
el puro azul de los cielos.

. . . . .  
. . . . .

Aunque la justicia anduvo,  
la riña envolvió el misterio,  
que á entrambos callar importa,  
por honor y por respeto.

Ya por seguro se daba  
de la Elvira el casamiento,  
y ricos trajes y joyas  
el novio está previniendo.

Cada vez en los encantos  
de la bella está más preso,  
y apresurar quiere el día  
del venturoso himeneo.

Mas de pronto, y sin saber  
ni la razón ni el objeto,  
la ceremonia se alarga,  
y al plazo no hay cumplimiento.

Don Juan, el hidalgo, sufre  
el torcedor de los celos,  
é indaga y registra en vano

devanándose los sesos.  
De Elvira dudar no quiere;  
por el alférez no hay riesgo,  
que la lucha por la vida  
le ha de durar mucho tiempo.  
Y así pasan las semanas,  
ella esquivando, él insistiendo,  
la madre con sus novenas,  
y otro galán al acecho.

V

Tiene la casa de Elvira  
un bello jardín, que cae  
á un antiguo torreón  
que linda á la opuesta calle.  
Alta y maciza pared  
separa ambas heredades,  
en una se ostentan flores,  
en otra copudos árboles.  
Dando vista á la primera  
enorme balcón se abre,  
y un rosal enredador  
le da un adorno admirable.  
Cuando ufana y sonriente  
al balcón Elvira sale,  
las rosas forman el marco

de aquella frente de ángel.  
Por tal la debió tener  
cierto travieso estudiante,  
que la fortuna guió  
á contemplarla una tarde.  
Y como la niña es débil,  
y el mozo es de buen talante,  
más amigo del laúd  
que de libros y de clases,  
y tiene los ojos negros,  
color rosado y buen talle,  
por miradas principiaron,  
concluyendo por señales.  
Y el joven á quien la edad  
que en nada piense le hace,  
las paredes escaló  
sin que en peligros repare.  
Que el ancho balcón se abriera  
lo dice quien bien lo sabe;  
fué una noche en que la luna  
quedó oculta entre celajes.

## VI

Tanto Don Juan indagó  
la causa de su quebranto,  
y Elvira dió tales muestras

de sentir otros cuidados,  
que la razón principal  
pudo descubrir al cabo  
la vergüenza y el coraje  
en su pecho rebosando.  
Nada habló á su prometida,  
afable estuvo á su lado,  
yéndose al toque de ánimas,  
un malestar pretextando.  
Tranquila quedó la joven,  
y al sonar en el espacio  
la campana de la Vela,  
brilló, cual breve relámpago  
una luz en el balcón,  
la oscuridad disipando.  
Señal convenida era,  
que á poco se sienten pasos,  
y un hombre cruza el jardín  
con notable desenfado.  
Al pie del rosal se pára;  
— Elvira, dice llamando,  
á cuya frase responde:  
— La escala te arrojo, Carlos.  
Pronto la coge el galán  
y por sus nudos trepando,  
los fuertes hierros agarra  
y entra en el balcón de un salto.

Un leve ruido se escucha  
como el de unirse dos labios,  
y frases de amor ardiente  
repite el céfiro blando.

## VII

¡Cómo la pasión ofusca,  
qué venda en los ojos pone,  
cómo realidades deja,  
cómo á delirios se acoge!  
El sitio más peligroso,  
con fuerte paso recorre,  
ve luces en las tinieblas,  
y hace á las espinas flores.

## VIII

En un lado del jardín,  
ocultos entre las sombras,  
hay tres bultos que acechando  
llevan corridas dos horas.  
Deben conocer la entrada  
y el sitio, cual cosa propia,  
pues sin dudas ni temores,  
donde conviene se apostan.  
Ni una palabra se escucha,

que tienen mudas las bocas,  
y dando pavor semejan  
más fantasmas que personas.  
Cuando el joven cruzó el sitio  
con temeridad notoria,  
el más alto de los tres  
un grito de rabia ahoga.  
Pasados unos momentos  
bajo el muro se colocan,  
y por la escala de seda  
el mismo camino toman.  
Sorprendidos los amantes,  
por dónde escapar ignoran,  
y al extremo del balcón  
precipitados se arrojan.  
Los que suben acometen,  
y trábese lucha sorda,  
pero robustos y armados  
¿cómo su furia se arrostra?  
Brillan agudos puñales,  
heridas mortales forman,  
la sangre de ambos amantes  
tiñe de rojo las rosas.  
Y cuando caen inertes,  
con voz que altera la cólera,  
dice el que primero hirió:  
— Ya mi venganza es notoria,

por celos mata Don Juan,  
no exista vida sin honra.  
Y cuando mañana vean  
escena tan horrorosa,  
en este *balcón maldito*  
se guarde eterna memoria.

## IX

¡Nunca amaneciera el día!  
¡qué consternación tan grande!  
los gritos de las doncellas,  
los sollozos de la madre,  
los alguaciles que cumplen  
las órdenes de su alcalde,  
las protestas del que prenden,  
que es fuerza que alguno pague,  
y el rumor de todo un pueblo  
que cuenta indignado el lance,  
es un cuadro que la pluma  
le es imposible pintarle.  
Largos meses se pasaron  
sin que las lenguas se callen,  
y si el proceso creció,  
no se descubren culpables.  
Doña Luz á mejor vida  
pasó llorando el desastre,

y de Don Juan, ni noticia  
tuvieron los tribunales.  
Rumores de que en la Trapa  
hubo de meterse á fraile,  
corrieron de boca en boca,  
pero la verdad no saben.  
La casa quedó vacía,  
no quiere habitarla nadie,  
clavado el *balcón* está,  
todos huyen de mirarle.  
Sólo en el aniversario  
que en la parroquia se hace,  
se ve acudir el alférez  
demostrando en el semblante  
la aun no repuesta salud  
y el pesar que le combate.

X

Hoy se puede descubrir  
subiendo la áspera cuesta  
de San Juan, que da principio  
en la esquina de la iglesia,  
un anchuroso balcón  
que su antigüedad demuestra,  
y pertenece á una casa  
de la calle de Guinea.

---

# LA CASA DEL MIEDO

---

## CUENTO

---

### I

Gran ruido de pisadas y de armas despertó al vecindario granadino, morador de la calle de San Juan de los Reyes, en la noche del 2 de Noviembre del año 1809. Y era con razón el alboroto, pues nada menos que media compañía de granaderos del ejército francés de ocupación, y una docena de satélites de la dependencia llamada *prefectura de policía*, para ser más odiosa aun por su nombre gabacho á los leales españoles, subían la cuesta para rodear y registrar una casa con honores de cuartel por lo grande; y en la que según testimonio ofrecido por el *andadero* de las monjas de Santa Inés, se escuchaban días hace ruido de arrastrar cadenas y ejercicios de sombras chinescas por los corredores.

El tal edificio llevaba bastante tiempo de estar deshabitado á causa de haber muerto en sus viviendas tres hermanas, venidas con sus

padres de Sevilla á mudar de aires, de resultados de una incurable tisis; enfermedad que por aquel entonces metía doble espanto que en la época presente. El ser tres las hembras que fueron al cementerio, dió al local un tinte poco apetitoso, y aunque se picaron y enlucieron sus paredes y se orearon todos los cuartos, no hubo quien con éste se atreviese, y el dueño se daba á Barrabás, cuando las voces nuevas que se propalaron dieron por colmada su desdicha.

Hízose el registro á que aludimos, sin encontrar otra cosa en el desván, que un gatazo negro con ojos verdes como esmeraldas, que al sentir la bulla dió un prodigioso salto, arañando las narices al jefe francés, que en revancha dió de pescozones al monjero, autor del tumulto y único responsable del fracaso gatuno. El hombre invocaba á todos los santos en su apoyo, pero como no se descubría rastro y su opinión de que el *minino* era el alma condenada que allí vivía no gozaba de crédito entre los extranjeros, hubo de contentarse con su repelamiento, el capitán con sus rasguños, y todos con haber echado el rato á perros, con tan inútil cuanto inesperado desenlace.

Sin embargo, no faltaban comadres que los

calificaban de torpes, pues que las visiones eran exactas, los crujidos ciertos; y tal vez por haber escogido el día menos oportuno, como de *Finados*, para esos coloquios, fuera el no lograr la captura de aquellas gentes del otro mundo.

¿Tendrían razón los vecinos en sus afirmaciones? Para descubrir algo es preciso hacer un pequeño paréntesis y dar un salto hacia un ventorrillo con honores de taberna, situado en la Cuesta de San Diego.

## II

En una cueva, cuyas ruinas aun existen en la senda abierta para el camino de Levante, que ostentaba un soportal cubierto con teja y ramaje, y cuatro pedazos de chopo á guisa de columnas sosteniéndolo, se encontraban, á pesar de lo avanzado de la hora, siete hombres de mala catadura y desaliñado el traje, sentados en torno de una pequeña mesa llena de vasijas con aguardiente.

El de más edad, llamado el Tuerto á causa de este defecto físico, usó de la palabra y dijo:

— La persecución que se nos hace, compañeros, es muy grande, y más si toma parte

en ella la autoridad francesa. Es menester redoblar las precauciones para que salgamos adelante en la batalla, y gracias mil al Galgo, nuestro diestro espía, que nos avisara la encerrona.

— Pero padrino, le respondió el más imberbe del corro, que á pesar de sus pocos años prometia alcanzar altos destinos: la culpa tiene el bobo de Sirve-monjas, que se asusta de lo que á su hija le contenta. Ella es mi novia ahora y mi mujer será luégo, y no ha de lograr el padre encerrarla entre cuatro paredes para que cante latines, pudiendo entonar seguidillas.

— Esas aficiones son las que te pierden, Pocos-pelos, le replicó otro del grupo, y si fuera á ti sólo, muy santo y bueno; pero con esos escándalos se va alarmando la justicia, y el mejor día nos pillan y acabó nuestro honrado oficio.

— En cuanto á la honradez de nuestras faenas, añadió el mozalbete, habría mucho que decir, tío Felipe; pero si es verdad el adagio de que quien roba á un ladrón tiene perdonados cien años de picardías, á eso vamos; y no hay que apurarse mientras *el agua de vida* no falte, y tenga yo esta medicina para los que así

bautizan el mejor producto de las uvas. Y enseñó una descomunal navaja de siete muelles, y se bebió un vaso del nombrado líquido.

Todos siguieron este ejemplo, y concluido el remojón, el Tuerto impuso orden con una señal.

— Vamos al grano, muchachos, repuso; es lo más interesante que nuestra *oficina* siga ganando cada vez peor fama. Así podremos seguir á gusto, no dando el más pequeño motivo, cuando de registros de autoridad se trate. A los curiosos y despreocupados, á esos, zurra constante y veamos venir las cartas, y ojo á las cadenas y á los espantajos.

— Descuide usted, aseguró Malos-pelos, yo me encargo de ser el tramoyista y de dar una función, que ni la de la nueva casa de Comedias.

Bajo esta promesa se separaron, no sin examinar antes si estaba franco el camino; la encubridora que allí vivía atrancó la puerta, cobrando el gasto espléndidamente satisfecho, y los presuntos industriales, con el paso más ó menos ligero según lo permitían los vapores del alcohol, se fueron hundiendo en las sombras que envolvían con tenebroso manto á la ciudad.

### III

La noticia de la excursión y su mal resultado así como las hazañas gatescas, fueron al otro día el tema obligado de todas las conversaciones; y hasta se hizo asunto patriótico el suceso, y no faltó quien calificara de buen español al animalillo. Pero pasadas algunas noches se enfriaron los ánimos, pues no ocurría cosa que de contar fuera, y los vigilantes colocados, nada tampoco vieron, por más que no cerrasen los ojos; así es que cesó la ronda, y hasta el monjero se acostó en ropas menores, creyendo haber recobrado su perdida tranquilidad.

Sin duda, eso aguardarían los espíritus, pues cuando menos se pensaba, un espantoso ruido de mover hierros sonó á la madrugada en el edificio, y al asomarse desalentados los vecinos á sus balcones, pudieron contemplar que un descomunal gigante, fantasma ó demonio si acaso, de la escuadra de gastadores de Lucifer, según su talla, subía majestuosamente la calle vestido de negras bayetas, y con una luz verdosa en la altísima caperuza que lo cubría.

Lo más chocante era que el fantasma no se fiaría mucho de su mágica, y además era mal conformado, pues llevaba en las manos que le salían del vientre, un nudoso tronco terminado en un afilado chuzo, incensario de nueva especie, capaz de conjurar al ente más des- preocupado.

El fantasma se entró bonitamente en la casa, cuya puerta se abrió sin ruido, volvieron á resonar las cadenas y los alaridos como en señal de bienvenida, y cuando transcurrido un largo rato llegó la ronda, la luz del nuevo día nada pudo enseñarles en aquella mansión de la soledad y del misterio.

Con la nueva ocurrencia, quedó aún más acreditada la morada en su infernal reputación, la que llegó á su colmo con la pérdida de la hija del monjero, en la misma semana, afirmando su padre le había sido arrebatada por una sombra salida del edificio, que introduciéndose sin saber cómo, le había puesto encima los dos colchones de su lecho, sin reparar si su naturaleza podría soportar aquella carga.

Y á esto, replicaba el vecindario que era una demostración palpable de que hasta el diablo gustaba de casarse; y sobre todo, de tener

el paladar delicado, pues la muchacha era bocado apetitoso, si bien más alegre que lo que convenia á una aspiranta á vestir los hábitos religiosos.

#### IV

En el ejército francés de ocupación, venia un subteniente, natural de la Gascuña, que de recluta conquistó su grado en las victoriosas campañas del Norte. Era de complexión robusta, alto de cuerpo, colorado, con enormes mostachos, y rayaba en los treinta y cinco años. Gran bebedor, el vinillo de la costa le extasiaba, y siempre que se hallaba franco de servicio, tenia su paradero en la hostería, de que era dueño un compatriota, en la plaza Nueva, donde con otros de su clase alternaba en juramentos y exageraciones, como cumplía á la reputación de su país natal.

Allí se enteró de las voces que corrían sobre la casa de la calle de San Juan de los Reyes, y queriendo dar una muestra de su arrojo, forjó el plan de acabar con los demonios que la ocupaban, y conquistar este imposible que se escapaba de las manos de las mejores policías.

Daudenot, que así se llamaba el militar,

hizo sus tratos con el dueño, recogió las llaves, y se mudó al piso principal con su asistente.

Antes de ponerse el sol practicó un escrupuloso registro en todos los rincones y paredes, fijándose principalmente en el desván, donde el gato romano cometió sus fechorías. No le gustaban mucho las revueltas, mechinales y pasadizos oscuros de que estaba lleno el edificio, y menos un húmedo sótano ó subterráneo, mitad lleno de cascajo y con el techo filtrando agua, según se descubría á los rayos de un candil que ostentaba el acompañante. Pero como no sonaba á hueco en ninguno de sus ángulos, ni con la punta del sable halló resquicio de piedra movediza, se convenció nuevamente de que todo eran romances del vulgo, y corriendo los cerrojos á su dormitorio y con el asistente al lado, se dispuso á cenar.

Y en esta ocupación transcurrieron varias noches, sin más novedad que un sordo ruido que parecía venir del piso bajo, el que ambos militares achacaban al agua de la acequia, fundándose principalmente en que lo restante del local estaba tranquilo, y los espantajos que tanto pavor causaban se habían marchado con la música á otra parte.

El subteniente estaba gozoso de su aventura, el vino de la taberna cercana era de un sabor riquísimo y le hacía dormir como un cachorro, y tampoco debía irles mal á los espíritus foletos que allí habitaban, cuando se contentaban con hacer el mencionado ruido y algún que otro martilleo, apagado instantáneamente como si un imprevisto descuido lo ocasionase.

Sin duda que aquellos demonios serían del gremio de cerrajeros, ó cosa parecida, y de la cohorte que el señor Luzbel alecciona en su reino para tener remendadas y en buen uso sus calderas.

En resumen, todos vivían contentos, cuando al asistente se le ocurrió en una de las ocasiones en que iba por el líquido á la taberna, ponerse á encomiar las cualidades de su amo, para cuyo valor no había contraste, y cuyas hazañas eclipsaban las del Gran Capitán. No era la menos la realizada en la habitación consabida, demostrando que lo que no vencieron todos los españoles lo lograba un francés, por supuesto con su ayuda de cámara, devolviendo el perdido sosiego á las autoridades y á la parroquia.

No sentaron muy bien estas bravatas en el

concurso, y mucho menos á un mozo terne, que así le parecía á nuestro conocido Pocospelos como un doblón á otro doblón, quien al escuchar al *futre* guiñó el ojo á otros camaradas, hizo una cruz en la pared con asentimiento de aquéllos, y como recuerdo de alguna no santa promesa, y salió derribando intencionalmente el jarro que llevaba el asistente.

Este quiso valerse de sus fueros, pero pagó los vidrios rotos el de la taberna, en evitación de desazones y seguro de que ya los cobraría con gabelas.

Aquella noche, fuera porque cargasen un poco la mano de moscatel ó por otra causa, amo y criado pasaron la velada menos tranquila, despertados por ruidos extraños en las paredes, y lo que es más chocante, por una especie de lluvia que los refrescó de lo lindo, y que parecía caer desde el cielo. El militar abrió las ventanas, contemplando las estrellas, que brillaban con todo su esplendor, sin señales algunas de tormentas, ni de haber caído más agua que la de su intemperante baño, y con votos y porvidas esperó el amanecer para otro minucioso examen, sin resultado como los anteriores.

Ya no estuvo tan hablador cual de costumbre en la hostería, aumentándose el disgusto con la noticia que le trajo el asistente de que al volver un ángulo del segundo corredor una mano invisible, pero robusta, le había dado en la espalda un terrible puñetazo.

Entró en cuentas Daudenot, creyendo que ya se jugaba de veras; y por lo que pudiera ocurrir, determinó que á su presencia cargase el soldado dos excelentes fusiles, que armados de bayoneta, dejó junto de su cama, cerrando la puerta del cuarto con un candado á su satisfacción, y yéndose á participar sus proyectos á sus jefes.

No bien quedó solitario el edificio, cuando en el techo de tablas del dormitorio se abrió un disimulado agujero; y descolgándose por una cuerda Pocos-pelos, levantó la cazoleta de los fusiles, quitó el cebo y atascó el oído de los cañones. Puso en seguida las armas como estaban, y se volvió á eclipsar por su aéreo camino.

Llegó la noche, ambos franceses cenaron, bebiendo con sobriedad, y sin desnudarse y con los fusiles en la mano y un farol bien encendido, se echaron en los lechos. Sonaron las dos y ya el sueño se iba apoderando de los cen-

tinelas, cuando estrepitosos golpes dados en la puerta les hizo ponerse de pié.

Muestras de valor había dado el subteniente en reñidas batallas, pero el avenírselas con seres sobrenaturales le hizo aflojar un poco las piernas, pero, reponiéndose al instante, ordenó al muchacho que abriese. Este lo verificó temblando, y asomándose al dintel, vieron en el corredor una fantasma de descomunal altura, con una luz opaca sobre la cabeza, y arrastrando enormes cadenas. El instinto de conservacion les hizo encararse los fusiles y disparar. Inútilmente, el tiro no salió. El espantajo se acercaba riendo á carcajadas. Con las bayonetas trataron de defenderse, pero á seguida se abrió el techo, y unos hombres que no tenían de demonios sino el rostro teñido de negro, los acometieron por detrás, los ataron, los amordazaron, y sin más perjuicio, los tendieron en sus camas.

El más revoltoso de los diablillos, con trazas de pertenecer al sexo bello infernal, se acercó entonces armado de afiladas tijeras al subteniente, y, ¡oh profanación inverosímil! cortó en tres ó cuatro pedazos el largo bigote del militar, que cifraba en él todo su orgullo. Cuentan las crónicas que se desmayó

al sentir este ultraje, más de cólera que de susto.

V

Al otro día el ordenanza del coronel fué á la casa por orden de éste, á preguntar la razón de no haberse presentado. Halló la puerta de la calle entornada, y subiendo á la habitación, los encontró casi ahogados del berinche.

Principió por desatarlos; al asistente hubo que trasladarlo al hospital de Santa Ana, y Daudenont pasó á la capitania general á enterar á Sebastiani de lo ocurrido.

Desde luégo, calcularon que eran vivos y muy vivos los autores de tantos desafueros. Hubo concilios, y de ellos resultó obedecer los consejos de un experto alguacil indultado de presidio, adonde lo llevó su mala suerte, según afirmaba, ó un robo nocturno cometido con circunstancias agravantes, según la causa trasapelada, en virtud de prescripciones superiores.

Que supo desempeñar su cometido, lo prueba que á las diez noches de la tonsura de bigotes, se descubrió que los golpes que sona-

ban eran producto de la fabricación de moneda falsa, y los creídos diablos, gente *non sancta*, muy camaradas del corchete en su antiguo establecimiento. Pero como no hay nada completo en el mundo, los criminales se escaparon á pesar de las precauciones adoptadas, porque al hacer el registro del subterráneo, sintiéndose perdidos, soltaron la esclusa del molino del lado, inundándolo y huyendo por el cauce de la acequia hasta ocultarse en los cármenes del Darro. Y no paró en esto; el ministril, con toda su inteligencia, no pudo evitar una puñalada que le recetó el Tuerto en la cuesta del Granadillo, donde lo esperó á que saliese de cierta visita hecha á una comadre, su protegida.

En cuanto al subteniente, se ignora la fecha en que cesó el rapamiento, pues á los pocos días de las ocurrencias, lo mandaron al ejército de Extremadura.

## VI

Aunque por el relato que antecede se descubrieran las legítimas causas de los misteriosos sucesos ocurridos en el sitio que se describe, y que eran el contraste material de todas la su-

persticiones inventadas por el público, no ha podido el transcurso de tantos años quitar su denominación al edificio, ni su aspecto sombrío y fantástico, las reparaciones y mudanzas en él verificadas. Ya unas veces fábrica de almidón, otras albergue de vecinos, ya depósito de materiales, ó ya últimamente, horno de pan cocer; es y será conocida siempre por el nombre de *la Casa del Miedo*.

---

# LA HUERTA DE LAS MORAS <sup>1</sup>

## TRADICIÓN.

### I

Amor, que es lumbre sin llama,  
sol que sin reflejos quema,  
aura que sin ruido mece,  
lazo que sin nudo aprieta,  
á un Alonso de Guzmán  
de la española nobleza,  
aunque capitán, lo vence,  
y aunque joven, lo sujeta.  
En noche poco tranquila  
de aventuras novelescas,  
contempló visión humana  
tras de una entornada reja,  
y desde entonces cambiando  
su alegre naturaleza,  
cuando triste no suspira  
mudo y absorto se queda.  
¿Quién sabe si un imposible

---

1 Situada al final de la calle del Agua, de la que forman parte muchas casas de aquel sitio, y especialmente la del número 37, que conserva preciosos restos árabes.

su pecho lograr desea,  
é impenetrable misterio  
el conseguirlo le veda?  
Ello es que pasa las noches  
en perpetua centinela,  
siendo el bú de las comadres  
y el héroe de las consejas.

## II

Hermosa luna de Mayo  
tan serena como clara,  
en el morismo *Albaicín*  
sus dulces reflejos lanza.  
Ya la noche su carrera  
con rapidez adelanta,  
y á lo lejos su divisa  
la estrella de la mañana.  
Corren las horas tranquilas,  
ni un rumor el viento rasga,  
dormida está la ciudad,  
y el eco su voz apaga.  
Sólo en oculto palacio,  
junto á la *calle del Agua*,  
se mira una luz brillar  
entre arabescas persianas.  
En él la vista curiosa

si los calados traspasa,  
una bellissima joven  
entre cojines, repara.  
Ningún lucero se atreve  
frente á frente á contemplarla,  
que palidece de envidia  
al fuego de sus miradas.  
Del negro cabello prende  
una rosa menos blanca  
que el cuello que con sus hojas  
hace como que resguarda.  
Niña de rostro hechicero  
en la riquísima estancia  
semeja del Paraíso  
del buen creyente escapada.  
Y una túnica que perlas  
con rara labor esmaltan,  
ya que no encubre sus formas  
descubre su árabe raza.  
Es la Zoraya; es la aurora  
la aurora de la esperanza,  
hija de un *Wali* del rey  
muerto en la última batalla.  
Todos sus nobles parientes,  
ya se marcharon al Africa,  
poco hace murió su madre,  
sola en el mundo se halla.

Joyas infinitas junta  
á su beldad codiciada,  
y leales servidores  
la aconsejan y acompañan.  
Mas sus pesares consuela  
únicamente una esclava,  
que en edad y en hermosura  
y en todo á su dueña iguala.  
De rodillas le pregunta  
con cariñosas instancias,  
las razones del pesar  
que sale á su rostro en lágrimas.  
— Si no os agrada, marchemos  
á las arenas que abrasan;  
con oro se comprará  
nuestra inquietud en Granada.  
Si vuestros padres queridos  
dura muerte arrebatara,  
pensad que fieles muslimes  
en el Paraíso aguardan.  
Y si un osado que ignoro  
ofendió vuestra desgracia,  
puñal tienen afilado  
los esclavos que nos guardan.  
Calló la joven, mas ella  
como respuesta más clara,  
suspira, y un pergamino,

del pecho, enrollado, saca.

— ¿Mensaje de amor? pregunta la servidora asombrada.

— De amor, responde la dueña y amor que mi pecho abrasa.

— ¿Quién lo trajo?

— Hace tres noches penetró por la ventana.

— ¿Visteis al galán?

— Le vi.

— ¿Y él á vos?

— No se me alcanza.

— ¿Es gallardo?

— Como un sol.

— ¿Será hidalgo?

— Él se lo llama.

— ¿Y os gusta?

— Tiene en sus ojos un imán que me arrebató.

— ¿Es castellano?

— Y de pro.

— ¿Qué anhela, pues?

— Así habla.

y desdoblado el cartel,  
leyó Aurora estas palabras:  
« A la mora que es dechado  
» de pureza y hermosura,

» al ángel de la ventura  
» hoy para mi bien hallado ;  
» á la más lozana flor  
» que en ese palacio brilla ,  
» un hidalgo de Castilla  
» viene á ofrecerle su amor .  
» Y no se calma su afán ,  
» ni ha de llamarse dichoso ,  
» si no logra ser su esposo  
» Don Alonso de Guzmán . »

—  
Que obtuvo una recompensa  
la declaración tan franca,  
lo afirma quien por la noche  
mira al pie de las ventanas,  
un bizarro caballero  
que embozado en roja capa,  
tan pronto pulsa el laúd  
como requiere la espada.

### III

La envidia, que es la pasión  
que más ciega á los humanos,  
tiende sus negros crespones,  
y entolda aquel cielo claro.  
No es posible consentir,

murmura el vulgo villano,  
que la religión padezca  
con un consorcio nefando.  
Y al *Tribunal de la Fe*,  
tan severo como airado,  
amores tan generosos  
los denuncian por escándalo.  
¡Suceso horrible! á otro día,  
y antes que del sol los rayos  
se ocultaran por no ver  
un hecho tan inhumano,  
grande turba de alguaciles  
por familiares guiados,  
cercan, asaltan y corren  
de aquella casa los ámbitos.  
Sus tranquilos moradores  
se quedan mudos de espanto;  
no así la esclava, que altiva,  
serena, con fuerte ánimo,  
órdenes da misteriosas  
que obedecen admirados.  
Sólo una víctima buscan  
y sin duda la encontraron,  
pues la turba se retira  
entre sus filas llevando  
joven de apuesto talante,  
que tiene el rostro velado.

IV

En tarde de otoño triste,  
de muchedumbre se llena  
la hoy plaza del Salvador,  
la Alcazaba y Puerta Nueva.  
*Un auto de fe* se anuncia  
que á otro día se celebra,  
y se llevan á los reos  
condenados á la hoguera.  
Imponente procesión  
que á los moriscos aterra,  
y los ánimos contrista,  
y los rencores aumenta.  
Numerosos familiares  
con una cruz por enseña,  
tras del temido estandarte  
su rostro ceñudo muestran.  
Entre ocho frailes dominicos  
que ministriles rodean,  
y soldados con sus picas,  
que aun más las filas estrechan,  
se ven cuatro desgraciados,  
túnica y coraza puestas,  
con semblantes de pavor,  
de indignación ó vergüenza.

Después, en el otro grupo,  
marcha una joven esbelta  
que indica en lo que se oculta,  
que teme ser descubierta.  
Y por último, el verdugo  
el espectáculo cierra,  
acabando con su hacha  
lo que en una cruz comienza.  
El pueblo, mudo hasta entonces,  
con sus murmullos protesta,  
y gritos, aunque lejanos,  
anuncian ruda tormenta.  
La comitiva los siente  
y el paso todos aprietan,  
mas al llegar los primeros  
junto al *Arco de las Pesas*,  
un grupo de hombres armados  
á quien el coraje ciega,  
deshacen la procesión  
y al que resiste golpean.  
A un caso tan oportuno,  
todos ayuda le prestan,  
y vacilan los soldados  
y los alguaciles tiemblan.  
Obra fué de unos instantes ;  
un hidalgo se presenta,  
y á la sentenciada joven

de sus verdugos liberta.  
Ella arroja el negro traje  
y absortos todos contemplan  
que es la esclava y no Zoraya,  
quien iba en las filas presa.  
— Señor, le dice al mancebo,  
sed feliz vos y mi dueña,  
yo tengo mi libertad  
aun todavía más cerca.  
Y sin cuidarse de nadie,  
dando un brinco de pantera,  
en el aljibe inmediato  
se precipita la bella.

V

Creció el tumulto, las sombras  
el cuadro de horror y duelo  
aumentan al extenderse  
en el nublado hemisferio.  
Y al ronco grito de rabia  
que lanza el morisco pueblo,  
responde de los soldados  
el crujir de los aceros.  
Se vierte sangre á porfía,  
la fuerza vence al derecho,  
la ceremonia prosigue,

y se recobra el silencio.  
En la boca del aljibe  
quedan diez arcabuceros,  
pues la Inquisición no gusta  
que se le escapen sus reos.  
Y aunque un cadáver, el agua  
debe guardar en su seno,  
también se ejerce justicia,  
según dicen, en los muertos.  
Pero esta vez salió inútil  
tanto fanático exceso,  
que por más que lo registran  
no hallan ni aun señales dentro.  
Hachas encendidas ponen,  
meten encorvados hierros,  
el claro líquido sacan,  
mas no logran su deseo.  
Las frescas ondas no vuelven  
la presa que recibieron,  
y un terror supersticioso  
aumenta doble el misterio.  
Perdidos son los trabajos,  
y los centinelas puestos  
aquel lugar abandonan  
asegurando muy serios  
que obra fué *del enemigo*,  
para librar sus adeptos.

Versión que los más se creen,  
aunque la nieguen los menos,  
y no falta quien afirme,  
como estando en el secreto,  
la existencia de un resorte  
por sabio *alarife* hecho,  
que dió vida, á quien la muerte  
que allí buscaba creyeron.  
Para acallar las hablillas,  
(que es el Tribunal muy recto)  
de piedra pesada losa,  
en el aljibe <sup>1</sup> pusieron,  
que si cerró la cisterna,  
no hubo de cerrar por eso  
la boca á los maldicientes,  
ni el pasto de sus inventos.  
Como de horror quedó el sitio,  
de noche se halla desierto,  
y aun afirman que se escucha  
á ciertas horas un eco,  
más que de llanto, de risa,  
más de burla que de miedo.

---

1 Desde aquel suceso fué conocido el sitio con el nombre de *Aljibe de la Gilana*, que hoy se encuentra dentro de la cerca del huerto de *Lopera*.

VI

¡Vega hermosa de Granada,  
mansión de eternos primores,  
que nunca el Supremo Sér  
te niegue sus ricos dones.  
Que al calor primaveral,  
al entreabrirse sus flores,  
los perfumes que reparten,  
de Dios ensalcen el nombre!

VII

*Rio Beiro*, sus cortas aguas  
á una heredad fertilizan,  
que junto del recio puente  
eleva su casa rústica.  
El recodo del barranco  
casi la oculta á la vista,  
y espeso cañaveral  
la curiosidad evita.  
Un musulmán convertido  
la ocupa con su familia,  
hombre es de pocas palabras,  
de amistades y visitas.  
Mas cumple con sus deberes,  
y como el gastar no esquiva,

ni las rondas le persiguen  
ni lo busca la justicia.  
Y tiene ferrada puerta  
como sabia medicina,  
y un mastín, que cuando calla,  
hace más que cuando chilla.

### VIII

Del horrible *auto de fe*  
tres meses pasado habían,  
cuando en anchurosa cueva  
tan oculta como limpia,  
Don Alonso con Zoraya,  
junto á la esclava se miran.  
No el temor, sí la esperanza  
en sus semblantes se pinta,  
y fulgores de ventura  
sus corazones animan.  
El buen morisco Gazul,  
que nada les falte cuida,  
es el guardián de un tesoro  
que á su lealtad le confían.  
— Señora, dice á Zoraya,  
tuya es mi hacienda y mi vida;  
aun para bien de nosotros  
ocultas sendas se abrigan,

al fiero conquistador  
del todo desconocidas.  
Ya recorriste la estancia,  
esa tortuosa mina  
que empezando en el aljibe  
tiene aquí oculta salida,  
secretos son que esa esclava,  
bien supo en quién deposita.  
— Gracias, responde Zoraya  
llorosa y enternecida;  
no es mi esclava la que siempre  
ha de ser hermana mía,  
que si la suerte contraria  
nuestra esperanza marchita,  
juntas saldremos de aquí,  
ó aquí estaremos reunidas.  
— No dudes, amada esposa,  
Don Alonso le replica;  
el ministro del Señor,  
que hizo nuestra unión bendita,  
y al recibir tu promesa  
te dió el nombre de María,  
á Dios y al rey ha pedido  
la libertad que codicias,  
para que brilles cual sol,  
como eres sol de mi dicha.

. . . . .

La esposa abrazó al esposo  
con lágrimas de alegría,  
mientras Gazul y la esclava  
satisfechos se retiran.

IX

Han trascurrido unas horas,  
el sol esparce sus rayos,  
y abren su cáliz las flores,  
y vida recobra el campo.  
En el macizo portón  
suena fuerte aldabonazo,  
Gazul, siempre vigilante,  
escucha, mira y da paso.  
Arrogante caballero,  
en un brioso caballo,  
sin bajarse, un rollo entrega  
con verdes cintas atado.  
Sólo dice: — «A quien améis  
haced que llegue á sus manos,  
que es un presente, que cubre  
un color de buen presagio.»  
Y con plácida sonrisa  
el dintel abandonando,  
volvió la rienda al corcel  
perdiéndose en el espacio.

X

Alegre corre Gazul  
y se lo entrega á su dueño,  
quien apenas lo deslía,  
muestra en su rostro el contento.  
— ¿Es del buen padre? pregunta  
Zoraya con labio trémulo.  
— Es del Sacerdote, escucha  
la noticia que da el pliego.

« Pues Zoraya es ya Maria,  
» y la religión triunfante,  
» como el Tribunal quería,  
» la sentencia se varía  
» en una multa al causante.  
» Y si un invencible imán  
» es amor, que el mundo abarca,  
» y á su poder todos van,  
» por esta vez el monarca  
» perdona á su capitán. »

XI

*La calle de los Oidores,*  
de ricas personas centro,

celebra con grande júbilo  
inesperado suceso.  
En una casa palacio  
y en suntuoso aposento,  
Don Alonso á su consorte  
presenta á amigos y deudos.  
Los parabienes se cruzan,  
los plácemes son sinceros,  
que es noble á quien todos ven  
con gozo ocupar su puesto.  
Y aun hay muchos de su clase  
que quieren seguir su ejemplo,  
que el rostro de la otra joven  
deja corazones presos.  
Sin duda ignora la historia  
y el recóndito secreto,  
de la que entró en el aljibe <sup>1</sup>,  
la vida encontrando dentro.

---

1 El verano de 1882, al arrecifarse la *Placeta de las Minas*, donde estuvo el aljibe á que se alude, se descubrió un anchísimo agujero, adonde se descolgó un trabajador llamado Antonio Muñoz, valiéndose de una faja, descubriendo una especie de antesala, y en un ángulo una gran piedra javaluña, tapando la entrada de otra habitación inferior. La primera se llenó de cascajo, y en la actualidad el piso igualado nada indica de este misterioso subterráneo.

# LA CASA DE LOS MORISCOS

---

## TRADICIÓN.

---

### I

Siete años hacía que el último baluarte de la dominación mahometana había caído en poder de los defensores de la Cruz. La corte de Alhamar el Magnífico era ya una ciudad cristiana, en la que aún habitaban muchísimos de sus antiguos pobladores, creyendo en la buena fe de los tratados que se estipularan.

Principalmente la parte de población que se extendía desde la puerta del Collado de los Almendros, hasta la de Rib-Guedaix, estaba ocupada por los sectarios del Korán, á quienes faltó el ánimo para abandonar el suelo que les viera nacer.

Sufriendo los continuos vejámenes de las autoridades castellanas, pasaban diariamente grandes amarguras, y las violencias de que eran objeto, agriaban más y más su carácter, no desconociéndose por nadie que el volcán

comprimido había de estallar al impulso de los odios de raza y de religión. El motivo no tardó en presentarse justificado, con la venida á Granada del Arzobispo fray Jiménez de Cisneros, quien á impulso de un celo fanático, que así puede decirse, rompió tratados, despreció sagradas promesas, y encendió la ardiente hoguera que hubo de apagarse con torrentes de sangre humana.

Principio de los posteriores sucesos es el caso que motiva esta tradición.

## II

Junto á la antigua mezquita convertida en templo cristiano por los Reyes Católicos, habitaba un moro de esclarecido linaje, llamado Ziuzán. Su influencia entre los de su clase era grande, y se hablaba de su valor probado en repetidos encuentros con los enemigos, y de que en connivencia con los que se marcharon al Africa, sostenía antiguas amistades, y recibía secretas embajadas de los reyes de Túnez y de Fez. Pero esto no pasaba de murmuraciones de los envidiosos de sus riquezas, y era un tanto atendido, en especial por su condi-

ción de hermano mayor de la cofradía de cristianos nuevos, llamada de la *Resurrección*.

Una noche de Marzo del año 1499, después de haber sonado la Queda, se reunieron con el mayor sigilo en el sitio ya mencionado una docena de moriscos de los de más importancia en el barrio.

Aquel día habían extremado sus rigores los castellanos, queriendo bautizar á la fuerza á varios jóvenes, y en especialidad y con grande escándalo á una hermosa doncella, hija de una viuda muy principal y estimada de la tribu de los Venegas. Una irritación sorda se apoderaba de todos los ánimos, y en verdad que semejante estado de cosas era insostenible.

Después que el Ziuzán hubo enterado á la reunión del objeto que se proponían, y de los recursos de armas y dinero con que contaban para rebelarse, otro moro principal, por nombre Hardón, hizo uso de la palabra y dijo:

— Ya os consta, hermanos, los malos tratamientos de que somos objeto. Es preferible mil veces la muerte en abierta lucha con nuestros dominadores, á sufrir el yugo de la esclavitud á que nos condenan. Bajo la fe de unas honrosas capitulaciones nos entregamos;

ellos las rompen y las anulan, libres somos, y es nuestro deber portarnos cual hombres que tienen esperanza en sus creencias.

— Todos debemos estar conformes, añadió el Partal de Narila; la fuerza que han querido hacer á mi deuda, es contra lo solemnemente pactado en el art. 32, sin el que jamás hubiésemos dejado sucumbir á Granada sin haber muerto antes entre sus ruinas. ¡Que la morisma nos auxilie y los monfies se truequen de bandidos en soldados, y yo seré el primero en tremolar la media luna en la Alpujarra!

— Sí, sí, venganza — exclamó otro moro de blanca barba y aspecto severo; — mi hija fué llevada por fuerza á un convento, y todavía no he podido recuperarla.

— Pues no hay tratados<sup>1</sup>, haya guerra, y Allah sea el vencedor en la causa de la razón y de la justicia, añadió el último.

La reunión se disolvió á poco, separándose con cautela y quedando concluidos los preliminares del alzamiento.

---

1 Art. 32. Item es asentado y concordado que á ningún moro ni mora fagan fuerza á que se torne cristiano ni cristiana.

III

Siguiendo las instrucciones de sus jefes, al siguiente día empezaron á verificarse prisiones. Subió capitaneándolas un alguacil llamado Barrionuevo, hombre duro y exagerado, quien al querer apoderarse de dos hermanos en la casa de su madre, colmó la medida del odio, y acometido por el populacho, fué asesinado á los pocos momentos después de ir á ejercitar su cometido. Alborotados ya y frenéticos con la vista del cadáver, barrearón las calles, arrojaron los peones del conde de Tendilla, apedrearón su escudo, y eligiendo cuarenta vecinos de los más acomodados del vecindario para que los gobernasen, se declararon en abierta rebeldía.

No podía durar mucho tiempo el motín, pues á las pocas horas, unos salieron huyendo á Güejar Sierra, y los más se entregaron, dando rehenes en señal de su sumisión y arrepentimiento.

Hubo terribles castigos, y ya á la descubierta se empezó [á prohibírseles aquello en que más se lastimaba su corazón. El uso de los baños, el de su lenguaje y hasta el modo

de vestir de su raza les fué impedido, dando margen á la terrible sublevación, que no es de nuestro ánimo reseñar.

Sólo hemos dado estas breves noticias para concluir manifestando que puede verse todavía el local donde tuvo efecto la primera reunión de los vencidos mahometanos.

Con la entrada por la placeta de los Ortegas, haciendo esquina á la calleja que desemboca en la de Panaderos, con su arco árabe, con su pequeño patio, con restos de primorosa alberca, existe un edificio de propiedad particular, que por las aseveraciones ya dichas, es conocido desde aquella época por el nombre de la *Casa de los Moriscos*.

---

# LA VUELTA DE LA BATALLA.

---

## LEYENDA.

---

### I

Conversando con mi amigo Ricardo Santa Cruz, que, como yo, es aficionado á recorrer extraños lugares en busca de recuerdos y noticias de los pasados tiempos, sobre la tradición con que se empeñan en adornar la conocida casa de los Mascarones, en el Albaicín, convinimos en que no existe dato ni fundamento propio para que aquellas desaliñadas é informes esculturas de mal labrada piedra y de época no lejana, con que el restaurador del edificio quiso adornarla, semejen otra cosa que una afición á ver agua en sitios donde tanto escasea, pues ese líquido es el que por imitación se desprende hasta en los segundos pisos de la descomunal boca de aquellas cariátides.

Mas como al buen investigador nada debe escaparse, y mi amigo lo es, noticiéme, que si bien las berroqueñas mal podían decir á la imaginación, dentro de uno de los corrales de

lo que en lejanas edades sería agradable huer-  
to morisco, existía un objeto digno de verse,  
acrededor á conocer su origen.

Efectivamente, escudriñando rincones, ha-  
llé una especie de bóveda ruinoso, que forma  
parte de un techo destruído, en cuyo fondo,  
pintadas al fresco, se descubren figuras de ca-  
ballos y jinetes en ademán de combatir, y á  
lo lejos, en lo más elevado, multitud de cuer-  
vos que, cruzando el espacio con sus negras  
alas, indican presagiar un horrible festín en  
el que han de satisfacerse. Por los trajes y  
arreos de la soldadesca, parece indicarse el  
suceso que perpetuar se quiso, como ocurrido  
en la época del rey Felipe IV, pero sin otros  
datos ni antecedentes positivos.

Por fin, tras de penosas averiguaciones, he  
aquí lo que refiere la crónica sobre la pintu-  
ra aludida, muy próxima á desaparecer.

## II

Un artifice famoso, pintor y escultor á un  
tiempo, á quien atribuyen ser el autor de la  
preciosa imagen del Arcángel San Miguel, vi-  
vía por aquellos años en la casa mencionada,

adorando en un hijo que dedicó á la noble carrera de las armas.

Parece ser que en el ejercicio de su profesion murió en un combate, y fué tal la impresion que causó en el desventurado padre la noticia de la desgracia, que perdió el juicio. Era su manía principal el creerse que fué devorado el cuerpo de su hijo por las aves carnívoras, á las que en todos sitios se figuraba encontrar. Separado del mundo y esquivando el trato con las gentes, se encerró en el más solitario aposento, y allí reproducía en las paredes los episodios que su enferma imaginación le sugería.

No quedó rincón donde no pintara la figura de un espantoso grajo, y aun en el cuadro que todavía puede examinarse se ven infinidad de aquellos volátiles, cubriendo las nubes que se destacan en el fondo.

---

## LA CASA DE LOS TELARONES.

---

### LEYENDA.

---

#### I

El desocupado transeunte que, sin miedo á las rondas y á los malos encuentros, hubiese pasado la noche del 24 de Abril del año de 1774 por la callejuela llamada de las Faltriqueras de San Gregorio el Alto, después del toque de ánimas, dado por las campanas de la ya iglesia colegiata de Nuestro Salvador, de seguro que se hubiera quedado estupefacto al presenciar el barullo y las distintas afirmaciones con que narraban el suceso hombres y mujeres, niños y ancianos, todos con una discordancia de pareceres capaz de perturbar el cerebro mejor organizado.

— Yo he oído perfectamente el ruido de la lanzadera — decían unos.

— Yo he visto desde lejos moverse las telas como si millares de dedos humanos se empleasen, respondían los otros.

— Yo he visto al capataz de los incógnitos

trabajadores, añadía una mozuela, y es bien parecido y de robustos brazos.

— Así lo quisieras, descocada, le replicaba una vieja. La Paquilla está siempre pensando en los buenos mozos, desde aquel coracero de la Guardia que la dejó plantada.

— Claro es eso, comadre Anacleta, afirmaba otra interlocutora; como que en lugar de ser un hombretón, la figura que se distingue es poco más que el enanillo que enseñaban estas pascuas los saltimbanquis.

Y en estas murmuraciones y estos distingos tuvieron lugar de presentarse en escena un golilla con sus satélites precedidos de los más justicieros comisarios, todos para quedarse con la boca abierta y algunos grados de miedo contemplando un destartalado y ruinoso casaron, que por sí solo formaba una pequeña manzana, sin que una luz dejase ver sus resplandores por los resquicios de las carcomidas maderas, ni voz humana sonare en sus ámbitos.

Pero como la Señora justicia no debe temer en el mundo á otra cosa que á la cólera celeste, el Alcalde del crimen, después de un rato de pensarlo, hizo de tripas corazón, y echando por delante á sus adalides por lo que ocurrir

pudiera, dando cuerda á las linternas sordas, y alumbrado también con un par de hachas de viento, prestadas por un vecino solícito, se aventuró á empujar la puerta, que se entreabrió sin grandes esfuerzos, dando al penetrar la sacramental voz de « favor al Rey » y mostrando su vara á las telarañas, que no parecieron admirarse.

Como nadie respondiera, ni asomasen enemigos visibles, se recobró por todos el perdido espíritu y se practicó el registro más minucioso.

Nada hallaron, como no fuese algún que otro ratoncillo corretón, quedándoles sólo por conocer una habitación baja cuya puerta cerraba un grueso candado.

Esta vivienda ocupaba todo el frente del edificio, y dos enormes rejías con espesos hierros, incrustadas en la pared, servían para darle luz y ventilación. No tenían cristaleras ni postigos; y aquí de los efectos de la óptica; cada vez que se acercaba á ellas una linterna para distinguir el interior, parecía como que cruzaban seres sobrenaturales de diferentes edades y estaturas.

Pero los que unos aseguraban haber visto, era discutido por los restantes, que daban pe-

los y señales de ser todo lo contrario de los primeros.

Para terminar esta confusión, el golilla se puso todo lo formal que sabía hacerlo; y mandando sellar con el de la Real Chancillería el misterioso candado, dictó auto de que para mejor proveer se aguardase la luz del sol, determinación que por lo heroica mereció los mayores aplausos, y tal vez de los promovedores del escándalo, pues que al retirarse justicia y acompañamiento, como en muestras de alegre despedida, sonó un estrepitoso ruido, como si cincuenta telares principiasesen de una vez sus funciones; cesando al minuto y como por encanto, cuando atropellándose salieron por la puerta los invasores, tras de bastantes contusiones y juramentos.

No paró el Alcalde hasta el atrio de San Gregorio, desde donde ordenó poner otro sello sobre la puerta de entrada, y que dos alguaciles quedasen guardándolo; retirándose á más que ligero paso á buscar auxilio y participar á sus superiores el terrible acontecimiento. Los ministriles, de los que uno había perdido un zapato en la huída, creyeron más prudente refugiarse en la inmediata hostería, los vecinos atrancar sus moradas, y sólo la Anacleta,

que tenía sus respuntes de hechicera, fué la que dijo:

— Todas las justicias de la tierra no son bastantes á hacer que los telares del diablo dejen de fabricar sus mercancías.

¿Qué motivaba este dicho? ¿Qué poderosas razones trastornaban aquella parte de la población? Esto merece poner punto y aparte.

## II

Seis meses antes de la noche en que ocurrió lo ya relatado, la casa á que nos referimos, que por lo anchurosa era á propósito para el tráfico de las lanas, fué traspasada por un menestral que mudaba de arte, á una familia que decían ser tejedores de cintas y proceder de Murcia, aunque esta suposición fuese puesta en duda por los del gremio.

Componíanla únicamente varones. El padre, que representaba tenía cincuenta años y tres hijos, el menor de veinte y el mayor de veintiocho. Su tez era más que morena, los ojos vivos y muy negros, espeso el cabello, y la complexión delgada, pero con grande fuerza muscular. La raza árabe se notaba

en ellos á primera vista, por más que se presentaban como cristianos viejos y con sus documentos en regla.

El tío Sebastián denominaban al padre, y en lo que no cabía duda era, que más diestros artifices no habían existido en la ciudad.

Los comerciantes de la Alcaicería, que tanto género enviaban á las Américas, no les daban treguas ni descanso en sus pedidos, pues los rollos de cinta que les presentaban eran de un primor y una delicadeza exquisitos.

Empezaron las hablillas motivadas por estas preferencias, y á susurrar que sus maquinarias eran distintas de las de los otros oficiales, y que usaban objetos desconocidos hasta aquí en la fabricación. Lo que más chocaba al sexo femenino, y era causa de sus recriminaciones, lo constituían una rueca de la forma vulgar y acostumbrada, pero que por resortes ignorados no cesaba nunca en sus vueltas. Las devanaderas al hilo unidas, y á corta distancia colocadas, seguían el mismo rumbo; y la cabeza más firme se mareaba al contemplar tan vertiginosa carrera. Sebastián y sus hijos despreciaban estos rumores, continuando en sus faenas y llenando de telares las habitaciones del edificio. Pero como la ignorancia es

tan atrevida, y nadie puede sujetar la maledicencia, la santa Inquisición tomó parte en el hecho y dió con los tejedores en sus calabozos. Pocos dias permanecieron con ellos, pues explicaron los secretos de su industria, que todo era saber un poco más que la rutina de los demás maestros; mas no debió de gustarle la permanencia en Granada, pues liando su equipaje y desmontando sus artefactos, se fueron con sus habilidades á otra parte. Quedó cerrada la casa, y la gente dió en decir que estaba habitada por los duendes; y no pasaba semana sin moverse un tiberio que desvelaba el sueño á los moradores, á quienes el espíritu, no maligno, sino el rancio de la costa, no les había hecho tomarlo con gana. Y uno de estos estrépitos fué el ocasionante de los sucesos anteriormente relatados.

### III

Dejamos á nuestros alguaciles haciendo como que guardaban la casa, y á todos con la curiosidad natural de ver lo que ocurría cuando el sol echara sus luces, y vamos á que al sonar las ocho de la mañana, el señor Alcalde

del crimen con acompañamiento reforzado se presentó ante la casa procediendo á quitar los sellos y á romper los candados y violentar las puertas, que cedieron fácilmente, excepto la de la sala baja, que pareció más dura de pelar. Rota al fin, penetraron en el local los asistentes, no hallando sino algunos maderos tendidos sobre las paredes como de haber servido de punto de apoyo y armadura á la maquinaria; unos agujeros poco profundos y como único mueble algo notable, unas devanaderas con unos pocos cabos de seda en sus brazos.

El desengaño de la concurrencia fué grande, pues donde esperaban hallarse con legiones de brujas y endemoniados, la más espantosa soledad se presentaba. Y tras de esto vino, como es natural, el regaño y la amenaza. El señor Alcalde con voz campanuda se lamentó de la ignorancia que calificó de supina, de una parte del vecindario, afirmando que sólo el viento al pasar por las rejjas, y no encontrando otra salida, era el productor de los extraños ruidos que sonaban, si es que hubo ruidos, pues su merced tenía el convencimiento de que la santa Inquisición había concluido con todos los duendes habidos y por haber,

que por orden del ángel caído vivían antes con sus parientes los judíos y los moriscos, semilla que para bien de España extirparon unos Reyes de gloriosa memoria, y que por lo tanto prevenía á los vecinos muy severamente, que iría derecho á podrirse en la cárcel de Corte el iluso que volviera con andróminas y falsas referencias á molestar la atención de los tribunales. Como es de rigor, fué muy aplaudida la arenga, saliendo majestuosamente del edificio, y ordenando al propietario que al instante pusiera cédulas en sus ventanas.

Quedóse éste con otro amigo, y uno de los alguaciles, que gustaba de registrar escondrijos por si hallaba cosa de provecho, colocáronse pliegos de papel de estraza en los claros del piso principal, y trataban de retirarse cuando les vino á mientes el empleo que había de darse á las devanaderas. Los tres estaban uncidos á la coyunda del matrimonio, y querían regalárselas á sus prójimas, más que como grato recuerdo, por si conservaban la virtud de voltear con la rapidez que las había hecho notables.

El alguacil fué el primero que las agarró, y al levantarlas del suelo, el aire, que sin duda no quiso obedecer las prescripciones de la autoridad, silbó despiadadamente, poniendo

en precipitada fuga á los tres sujetos. Ya en el patio, y temeroso de incurrir en las iras de su superior, el alguacil entró de nuevo, y haciendo un supremo esfuerzo, agarró las devanaderas, y triunfante con su conquista penetró en su morada.

No sentó bien á la esposa el presente, pero temerosa de la vara, que en cualidad de ministro de justicia abandonaba pocas veces, calló y las puso en un rincón de la cocina.

Aquella noche hubo *gaudeamus* en signo de haber obtenido la victoria, y asistieron á la cena, además del propietario y su compadre, otras dos mujeres, y por apéndice la tía Anacleta. Cuando más satisfechos se encontraban empinando el codo sin reparos, la conversación recayó sobre el mueble, sosteniendo que eran invenciones fantásticas las narraciones de los vecinos, y echando bravatas y alardeando de ser capaces de visitar hasta los profundos infiernos.

La Anacleta era la que estaba, contra su costumbre, callada y recelosa, cuando de pronto las malditas devanaderas quisieron tomar parte en el diálogo. Sonó un leve crujido, y desplegando las aspas, empezaron éstas á voltear tan ligeramente, que la vista no podía seguir-

les. Quedóse estupefacto el concurso, el espanto paralizó sus miembros, y cuando trascurrieron algunos minutos, la vieja tachada de bruja hizo de las suyas, pues sacando una rueca que llevaba oculta, empezó á devanar una madeja invisible. Sin duda iría terminándose la operación, pues se levantó de la silla, encaminándose hacia la calle, donde la seguían andando, como si tuviesen humanas piernas, las endiabladas devanaderas. Es más, de la peana que las sostenía saltó repentinamente como un muñequillo vestido de fraile. tan alto como el codo, que haciendo visajes y carantoñas, agarró un tizón de la chimenea, entreteniéndose en tizar el rostro de las mujeres y de los hombres, que terminaron por caer insultados como colmo de su espanto.

En la época presente, nada de esto sería creíble, y se atribuiría el milagro á una enorme borrachera, pero en el pasado siglo ya era el asunto diferente.

Sin meternos á sostener otras afirmaciones, las crónicas lo que aseguran es, que las dichas devanaderas se encontraron en el mismo sitio de la sala descrita, y que ninguna persona se atrevió á apeteer su mudanza. La Anaclea acrecentó más y más su reputación má-

gica, y parece ser que murió de un encuentro dado contra una veleta, al cabalgar en su escoba para dirigirse al aquelarre.

#### IV

Todavía existe, dando vista á la pequeña *Placeta de la Cruz*, á espaldas de unos cascajares, y en los estrechos callejones de huertos sombríos y solitarios que forman las llamadas *Faltriqueras de San Gregorio*, un grieteado edificio muy próximo á la ruina, y al que unánimemente llaman *Casa de los Telarones*.

---

# EL PALACIO DE LA SULTANA

---

## TRADICION

---

A...

I

Me pides estampe  
un dulce relato,  
cual memoria que eterna se quede  
grabada en tu álbum:  
Deseas que luégo  
que pasen los días  
cuando acudas la mente ardorosa,  
turbada la vista,  
buscando en sus páginas  
consuelo á tus penas,  
mis palabras consigán alegres  
tu risa que vuelva.  
Sin duda que ignoras,  
celeste querube,  
que también la tristeza su manto  
á veces me cubre.  
Hoy vengo á decirte,  
y escúchala afable,

una historia de penas y amores .  
de reyes y amantes.

De tiempos lejanos  
imágenes busco ,  
y á pasadas grandezas y glorias  
elogios tributo.

Si recrean tu alma  
mis pobres conceptos ,  
cariñosos me miren tus ojos  
como único premio.

## II

A caballo, valerosos Zenetes, el estandarte de las victorias ondea sobre la puerta de Bibmonaita.

Las fértiles campiñas castellanas nos ofrecen tesoros sin cuento, y huríes de ardientes ojos sus ciudades, con que poblar nuestros harenos.

— ¡ Dios es grande ; á la pelea , soldados del Profeta ; que nuestras cimitarras se tiñan en sangre de los infieles , y la media luna brille de nuevo en las torres de Jerez !

Así hablaba Reduán, el batallador caudillo de la frontera de Murcia.

Y era secundado con ardor por Omar, el arraez de la caballería granadina, por cuyas venas corría la sangre real de los antiguos Benimerines.

Y Jusef Abul Hegiag, séptimo rey de la dinastía de los Alhamares, que ocupaba el trono de la llamada Damasco de Occidente, aunque no era muy dado á empresas belicosas, como fiel creyente, allegó recursos, abrió sus arsenales, y equipó una lucida tropa, que entrando por las tierras enemigas, talaron los campos, se apoderaron de multitud de ganados, y quemando la fortaleza de Guadalimar, volvieron en triunfo á Granada con infinitos esclavos y un gran número de desgraciados niños y mujeres.

El alcázar de la Alhambra se engalanó para recibir á los vencedores, con tanto más fundamento, cuanto que Omar era el amigo, el favorito del Monarca.

Mas no trascurió una semana sin que éste gimiese en el más lóbrego calabozo.

Su alto puesto en el ejército lo vino á ocupar Jahie, su primo, y un profundo misterio rodeó al principio este acontecimiento, ocasión de disgustos y tristezas en la corte musulmana.

### III

Kamar, que quiere decir luna, era la sultana, la esposa de Jusef. Su rostro melancólico y expresivo, de una belleza admirable, indicaba las excelentes dotes que la adornaban.

Hija de un alcaide de la serranía, criada en el seno del hogar morisco, sin otro conocimiento del mundo, adoraba en su esposo tanto como en su anciano padre, cuya memoria tenía grabada en el corazón.

En la zambra que se celebró en palacio en honor de los jefes vencedores, sólo *Zara*, la rista del Cadi, pudo igualar sus encantos. *Flor del desierto*, como expresa su nombre en árabe, era una maravilla de candor y de hermosura. Ambas jóvenes se amaban como hermanas, y con esa inocencia infantil que nada prevé, cambiaron y pusieron en su tocado un rico joyel, regalo de los dueños de sus pensamientos.

Jahie idolatraba en *Zara*, pero su afecto no era correspondido. Otro valiente musulmán cautivó su alma y aunque inocente paloma en sus hechizos, la raza africana fortalecía sus convicciones.

El odio tanto tiempo comprimido estalló en el guerrero.

Al contemplar el trueque de las joyas, concibió una horrible venganza.

Llamando la atención del monarca, le insinuó que la Sultana burlaba su real decoro, usando los colores del ensalzado caudillo.

Y dirigiéndose á su primo Omar con la más traidora sonrisa, le felicitó por ser el futuro esposo de la beldad á quien el rey concedía tan inesperados favores.

Como torrente desbordado, la furia de Jusef no conoció límites. Sin conmoverle las lágrimas de su inocente esposa, ni escuchar razones de ninguna especie, la relegó á la sala más escondida de sus alcázares, bajo la custodia de dos esclavos mudos.

Y sin considerar los relevantes méritos del más bravo de sus capitanes, lo degradó á la vista de toda la corte, no quitándole al pronto la vida, hasta pensar en el tormento en que expiara el supuesto crimen.

Jahie triunfaba; pero está escrito que la verdad, aunque se oculte con las nubes de la calumnia, el sol de la justicia la hace aparecer más brilladora.

IV

Jusef no podía vivir sin Kamar. Al recordar su inocencia, sus gracias y la pureza de que siempre la encontró revestida, dudaba de sí mismo, pensaba que era un horrible sueño el terrible acontecimiento; pero al vacilar, hallaba la torva mirada de Jahie, como reconvección á sus debilidades y á sus dudas.

Para terminar la angustia que le devoraba, trató de apartar á su esposa de su lado.

Pero aunque dueño absoluto de vidas y haciendas, la historia nos lo ofrece como un rey noble, ilustrado y magnánimo, y quiso al tomar aquella determinación honrarse á sí mismo construyendo un palacio suntuoso que, más que prisión, semejase retiro de deleites.

Junto á la antigua mansión regia de Aben-Habuz, en unos extensos jardines de un rico moro de Baeza, mandó hacer un cercado que á poco se fué cambiando en fortísimo muro por el exterior y en primorosas habitaciones interiores.

Antes de terminarse sus adornos y no pasados tres meses de las desavanencias expresadas, el anciano padre de la Sultana, en unión

del cadí, se presentaron en audiencia pública al Monarca. Una indiscreción de Jahie alabándose de sus nefandos planes, les puso de manifiesto la trama urdida, y acudieron á enterar á su señor. El cambio de los lazos tan sencillamente verificado, abrió los ojos de Jusef, quien al instante rompió por sí mismo las prisiones de la reina, asegurándola no volver á dudar de su pureza.

Omar fué repuesto en su cargo con gran complacencia del ejército, y su traidor primo decapitado en una de las torres de la fortaleza.

El Rey, llevando su generosidad al extremo, terminó á su costa el que no llegó á ser entonces *Palacio de la Sultana*, dándolo por morada á su bizarro arraez, cuyas bodas con Zara fueron tan alegres como espléndidas.

Para perpetuar la memoria del suceso fué llamado el alcázar *Daralhorra*, ó sea casa de la Honesta, leyéndose en sus ajimeces y en las labores de sus estancias, en caracteres cúficos, la palabra *felicidad*, como alusiva á sus nuevos huéspedes, y como elogio al soberano constructor, estas otras: «La protección de Dios y una espléndida victoria se anuncia á los creyentes.»

V

Al cambiar la época, las costumbres y las creencias, el famoso edificio, que después sirvió para refugio de otras *señoras del harén*, y hasta de la famosa Doña Isabel de Solís, que renegó de su ley para enlazarse con el indomable Muley-Hacén, se ha convertido en el convento de Santa Isabel la Real, no conservándose de tan notable alcázar sino habitaciones ruinosas y un pequeño patio, incluídas en las modernas instalaciones.

Desde hace siglos, y merced á la donación de los Reyes Católicos, donde se escuchaban los lascivos sonos de la guzla morisca, retumbaba en sus sagradas bóvedas el órgano cristiano, á cuyos ecos las vírgenes del Señor elevan plegarias al Todopoderoso por el triunfo de la fe de Jesucristo.

---

# LA PLACETA DEL ABAD

---

## CUENTO

---

### I

Ufano como pocos estaba con su hijo Gabrielillo, el maese rapista, establecido en la *casa del Cuadricó* en lo alto de la cuesta del Chapiz, allá por el año de gracia de 1642. Y decimos año de gracia, porque el Señor en su infinita misericordia había bendecido los campos, y el abastecimiento de la ciudad se hacía á bajo precio, los cuadrilleros y justicias ordinarias ahorcaban los ladrones á racimos, y los productos de los diezmos y primicias eran muy saneados y considerables, razón por lo que Paquita, la sobrina del Sr. Prior, había estrenado una basquiña de seda morada y un collar con su cruz, y una esmeralda, que por su tamaño poníase en duda su autenticidad. Y todos estaban satisfechos, porque como por aquel entonces no se usaban pronunciamientos ni elecciones, en sobrando el pan y no faltando el vino, los menestrales cargaban alegremen-

te con la tercera de sus necesidades, que era la de trabajar los días no festivos, sin huelgas ni discursos, sino con alegres chanzonetas y coplas alusivas á sus oficios.

Y volvamos al motivo por qué el barbero se alegraba de las perfecciones de su primogénito, pues éstas ocasionaban que la susodicha Priora lo mirase con buenos ojos y hubiese desdeñado la mano de un panzudo hortelano, de sangre limpia y de hacienda propia, lo que le valiera bastantes sermones y hasta citas de textos latinos de su señor tío, y parece que algún otro pellizco como más eficaz amonestación. Pero como la razón es una y el gusto otra, ella insistió en que nones, y Fray Raimundo se hizo cuenta que á Cristo por Redentor le crucificaron, y que el perder una siesta tranquila valía más que todos los enamoramientos del mundo.

Y tenemos á Paca libre para pensar en Gabriel, y á éste oyendo diariamente de su padre consejos para que no desperdiciara lo que entonces se llamaba una *conveniencia*.

¿Merecía el chico esta predilección? Desde luégo. De figura agradable, de manos listas para rasurar una barba ó puntear una vihuela, sabiendo leer, escribir y las cuatro re-

glas, casi sacristán en los días festivos, y sochantre en los de pasión, era el niño mimado de la parroquia, y se le disimulaba algún que otro trasnochamiento, y un pequeño chirlo que infirió en el rostro á un castellano nuevo que quiso probarle las fuerzas.

Y ahora entra en escena Rosalia. Contaba diecisiete primaveras, pelo castaño, ojos negros, dientes de perlas, labios de coral, cintura de anillo y un cuerpo que, al moverse, excitaba la pasión al más flemático. Era de clase bien humilde. Su ocupación consistía en vender en el mercado las hortalizas de la estación, pero sus frutos los buscaban con tanto ahinco, sin duda por el mérito que les prestaba su hechicero rostro, que ganaba holgadamente su vida y era la providencia de su madre.

Y como el triunfo de la Santa Cruz lo celebran los primeros días de Mayo con sus miles de rosas y de flores, y los cristianos con los alegres altares de la víspera, en el mejor adornado que lo fué aquella noche, el del corralón de la Cruz Verde, conoció Gabriel á la joven, y bailó con ella unas seguidillas, y aunque la electricidad no estaba tan en uso como al presente, al darse el abrazo de costumbre fueron

estos los hilos conductores para desarrollar un cariño que ni el de los amantes de Teruel.

Ya tienen, pues, conocimiento nuestros lectores del argumento de una obra cuyo desenlace es como sigue:

## II

Paquita, que se la llamaba así, más por respeto que por otra causa, no presentaba á primera vista cuanto podía esperarse de su nombre. No es decir que fuese repugnante, nada de eso. Pero su nariz era más corta de lo que á su gruesa cara convenía, y además, sus formas pronunciadas y sus ampulosas caderas la asemejaban en mucho á la campana de la iglesia mayor. En cuanto á su partida de bautismo, se reputaba como un misterio por la edad. Había en ella un guarismo borroso, que tanto podía ser tres como cuatro, y significar cuarenta en vez de treinta años.

De manera, que por estos conceptos, su rivalidad debía ser poco temible para la vendedora.

Como siempre hay almas piadosas y caritativas, que en esto de dar á la lengua y hablar

lo que no les importa, son capaces de perder el sueño hasta conseguir sus objetos, una confesada de su señor tío, mujer que fué de un alférez de inválidos, la enteró de cabo á rabo de la razón y porqué de la frialdad del mancebo y de los encantos y condiciones de la Rosalia.

Colmo de desesperación en la jamona fué sentirse burlada en su amor y abandonada por otra, que la voz pública calificaba de hermosa; es caso de darse al enemigo, si éste no estuviera posesionado, según sabios autores, del 99 por 100 de las hembras.

Y prueba de ello, que en una casucha del *Careillo* vivía una vieja gitana, de rostro de aceituna pasada, por nombre *La Corroneó*, gran echadora de baraja y maestra en hechicería y adivinanzas. A ella acudió la sobrina, en una noche oscura, por el buen decir de las gentes, en solicitud de consejos y de medicinas. Y como á sus frases acompañó un doblón de á ocho, hubo de encontrarla en seguida prometiéndoselas felices, y esperanzada en que el pérfido acudiría á su antiguo puesto, olvidando para siempre modernos reclamos.

¡El plan concebido era pequeño! Pór la virtud de los polvos de birlibirloque, que en un

enmelado pestiño habían de propinarle á Gabriel con el aguardiente de por la madrugada, éste concluiría por no poder separarse de los hierros de la reja de la prójima, quedándose incrustado en los mismos, hasta que la epístola de San Pablo, con sus saludables consejos, uniese en eterno vínculo á los amantes. Y esto, añadía seriamente la gitana, será un saludable ejemplo para los mozos aficionados á correrla y á mariposear en diferentes jardines.

¡Qué satisfacción quedó la Paquita oyendo á la senectud tan consoladoras palabras. Manos á la obra, se dijo, y tanto y tan bien trabajó el asunto, que á pocos días la *fruta de sartén* fué engullida por el barbero, y tan convencida estaba de la eficacia del conjuro, que no cesaba en atormentar la aguja, preparando el ajuar para la boda. Y ésta no llegaba. Antes bien, la muchacha estaba más alegre que nunca, y el mozuelo convertido en rabo de aquella brilladóra estrella.

Paca se mordía las uñas de puro coraje. Vuelta á las conferencias con la embaucadora, y torna á desaflojar los cordones de la bolsa. Se echaron las cartas; salió el as de oros y un caballo, figurando al hombre de buen color, pero á las mejores aparecía una sota, y abajo

cábalas, pues para complemento asomaba la punta el siete de espadas, signo terrorífico de futura paliza, que amenazaba ciertas, aunque ignoradas espaldas.

Apuradillo se iba poniendo el lance.

Pero como todo tiene remedio menos la muerte, la egipcia recordó una eficaz receta, mas con la cualidad que había de confeccionarse, entrando como principalísimo ingrediente un mechón de cabellos del desdeñoso amante. Lo difícil era proporcionarlo, aunque no tardó en presentarse la oportunidad.

El padre de Gabriel, instado sin duda por las indirectas y recados de la olvidada Dido, reñía y molestaba á su primogénito, á fin de que no desertase de la bandera, y fuese pronto poseedor de aquel dorado castillo.

De acuerdo con su novia y para desengañar de una vez á la intrusa, acudió á la cita, quedando asombrado á la petición que le hizo antes de darle las buenas noches, de la urgencia en que como capricho y como recuerdo se hallaba de poseer algunos cabellos de su futuro.

Gabriel accedió, prometiendo la vuelta, marchándose á consultar con un su amigo el caso. Era muy común por aquel entonces las creen-

cias de brujerías. Entraron en escama, y husmeando y haciendo averiguaciones, dieron con el quid de las nocturnas conferencias de la gitana, y dispusieron lo concerniente á su defensa.

El mancebo satisfizo los deseos de Paca, pero con unos recortes del mismo color que los suyos, de los que diariamente esquilmban las afiladas tijeras de su padre. Fué humanizándose con aquélla hasta convenir en una secreta boda para evitar disgustos, la que habría de verificarse una madrugada á través de los hierros de la reja.

Cumplíanse todas las profecías y el conjuro daba para la moza el resultado apetecido. Amaneció el día feliz. Antes que clareara, ya estuvo aquélla con la nariz más respingada que de costumbre, haciendo asomadas por los balcones, hasta descubrir el grupo que habría de ser presagio de su dicha. Pero aunque el grupo se presentó, no existían en él señales de sotanas ni por asomo. Antes bien, se componía de gran número de artesanos del barrio, de los más alegres y bullidores, entre cuyas filas iba como en prisiones la vieja embaucadora. Quiso que no quiso, y á pesar de sus lamentos, con gran jolgorio la amarraron

sólidamente á los claros de la ventana, y cuando Paca abrió ufana esperando la petición de su blanca mano, se encontró con el armatoste vomitando blasfemias, y con la lucida comparsa rasgueando sus guitarras, á cuyos sones la voz clara de Gabriel entonó la siguiente copla:

Agradece cariñosa  
el amante que te dejo;  
ayer esquilé á mi gato,  
ya te mandaré los pelos.

A cuyas frases, Rosalía que estaba con su madre y otras jóvenes en la esquina, muerta de risa contestó:

Hay caras que son muy caras,  
y no encuentran comprador;  
que á Roma se va por todo,  
pero por narices no.

El escándalo fué mayúsculo, pero para cortarlo en lo posible, el Prior fué el primero como interesado en echarle tierra encima y algunos dineros, y hasta llevó su generosidad á correr de balde las amonestaciones de Gabriel y Rosalía, que se casaron como Dios manda, trascurridas unas semanas.

De Paca no hay que decir. Del berrinche le salieron viruelas, y da que fué quedó

más fea que lo necesario, haciéndose una de las beatas más gruñonas é impertinentes, como la semilla que aun hoy fructifica para nuestro castigo.

La gitana y los suyos no pasaron en muchos años por el sitio de sus quebrantos, y aun se asegura que todavía no quiere habitar ninguno de su casta por los alrededores.

### III

Y este es el *cuento* que se *cuenta* sobre lo sucedido hace dos siglos en la *Placeta del Abad*, ó del Prior, y se enseña la casa que ya ha tiempo no habitaba tal autoridad eclesiástica; casi ruinoso, pero con un gran *guardapolvo* sobre el balcón, y partiendo el tejadillo, un hueco con una imagen de la Santísima Virgen, ante la que devotamente se enciende una luz todas las noches. La reja es la que al parecer ha desaparecido, ocupando su sitio la tapia de un huerto; y en cuya ancha plazuela, que limitan por un lado los fuertes muros de la iglesia del Salvador, y más lejos el vetusto torreón donde se ampara el edificio convento de las Tomasas, vecino del que fué man-

sión de los religiosos agustinos, al recorrerla en el silencio de las altas horas de la noche, parecen descubrirse los blancos alquiceles de los Zeiritas, que se desvanecen ante la tenue luz de las linternas sordas de los hermanos del pecado mortal.

---

# HARPAGÓN

---

## CUENTO

---

### I

Uno de los mercaderes más ricos de la parte de la población llamada por los árabes *Garnathad al Jahud*, que comenzaba en el siempre famoso campo de *Albunest* ó del Príncipe, lo era el anciano judío Abraham, por los años de 1364.

Pero su avaricia superaba aún á sus riquezas, y pareciéndole excesivo el derecho de *almojarifazgo* y el de *tahadil*, que le imponían los dominadores; enajenó sus telas y joyas, cerró su oscura tienda de la Alcaicería, y seguido de un triste esclavo mudo, adquirió una casa dentro de las murallas de la Alcazaba, en una callejuela estrecha y sin salida cerca del local que ocupó siglos después la ermita del Santo Cristo de las Azucenas.

A todo el mundo y hasta á los demás miembros de la sinagoga, el judío aseguraba ha-

llarse completamente arruinado por la pérdida de un bajel en las costas de Málaga, y por las enormes exacciones de los musulmanes. Mas como el trono granadino se hallaba ocupado por Mahomed V, monarca tan justo como benéfico, quien aprovechando el periodo de tranquilidad con la corte de Castilla, se dedicaba á mejorar notablemente todos los ramos de la administración pública, protegiendo en primer término el comercio y la agricultura, nadie creyó semejantes aseveraciones, y Abraham aumentó su reputación de miserable.

Encorvado, harapiento, salía por la mañana como un reptil de su madriguera, á comprar unas mezquinas provisiones incapaces de alimentar, no á dos personas, sino á la más desventurada criatura, y se volvía al instante para ejercer en grande escala la usura, empuñando toda clase de objetos, y realizando enormes ganancias. Pero nada satisfacía su sed de riquezas, y fundándose en que tenía que dar participación de sus utilidades al walí, chupaba como una sanguijuela al desgraciado que tenía precisión de aventurarse en su cubil.

El triste esclavo murió á los pocos meses,

asegurando el vulgo que su enfermedad era el hambre, y el judío quedó solo con un huérfano esportillero, que dormía en un rincón de la casucha. Su fama de millonario le ocasionó más de un asalto, y el comparecer ante el tribunal supremo de los siete jueces; pero ni el mejor sabueso pudo encontrar rastro de sus riquezas ni de su mobiliario, reducido á la simple vista á unos sucios pergaminos donde en signos extraños llevaba la nota de sus préstamos y gabelas.

Tanta maldad no podia quedar sin castigo, y ése no tardó en sentirse. Un pobre labrador, para una desgracia de familia tuvo que empeñarle una corta hacienda. Asustado ante la cuenta que le presentara, la abandonó á su rapacidad, y el israelita convirtiéndose contra su gusto en propietario.

Situaba aquélla fuera del recinto amurallado de la cerca de D. Gonzalo al pie del cerro del Sol; y dando vista al valle de Valparaíso, recibiendo las brisas saludables que esparcían los cármenes de la lejana ribera del Dauró. Sitio apartado, triste y solitario, pero quizá el único para un ave de rapiña como el judío.

El que tenía oro escondido bastante para adquirir un pueblo, se puso á cultivar la tie-

rra con sus temblorosas manos, y custodiar la escasa fruta del corto arbolado de aquel infimo terreno.

Gozaba en cambio de una ventaja singular. Delante de una de las dos cuevas que se utilizaban para albergue, brotaba una fuente con el agua más clara, dulce y agradable que pudiera soñarse en aquel sitio. Los dos primeros días no se saciaba el anciano de beberla y parecía que su rugosa garganta se ensanchaba y su cuerpo se robustecía con una juventud inesperada. Pero era mayor el misterio. Al cuarto de hora de devorar los escasos alimentos que en un saco conducía, un apetito feroz torturaba su estómago, y ni su avaricia ni su inflexible carácter podían impedirle que comprase nuevos manjares, que eran consumidos como los primeros.

Todos se admiraron de tan repentina mudanza; y cuando Abraham, maldiciendo del agua de la nueva hacienda, juraba no volver á pisarla, su estómago se revelaba ante el mandato, y eran tan crueles los dolores que lo torturaban, que al instante marchaba á calmarla bebiendo copiosos tragos de la fuente misteriosa. Y la enfermedad cesaba como por ensalmo, pero la más exagerada gula le acometía en su lugar.

Soñaba en los manjares más raros y succulentos, é impelido por una fuerza irresistible, y derramando lágrimas de coraje, cambiaba brillantes zequíes de oro casa de los abastecedores, y el muchacho sudaba bajo el peso de tanto comestible. Y vuelta á la lucha del siguiente día, y el genio del mal habitando en sus entrañas, y el agua cristalina amortiguando sus dolores, y su avaricia vencida empobreciendo su tesoro.

Abraham no pudo resistir más sus pesares. Cuando llegó el caso de trocar una piedra preciosa por tasajos de una robusta ternera, el judío tomó una resolución funesta. Encerrándose en su vivienda, trabajó como un desesperado en una faena misteriosa; y cuando la noche envolvió en sus tinieblas la ciudad, jadeante, ciego de enojo se ahorcó de una viga del miserable aposento donde descansaba.

A la mañana siguiente, los wacires con un pelotón de soldados examinaron con escrupuloso cuidado el local. Nada hallaron á pesar de todos sus esfuerzos.

Al cuerpo del judío, por caridad le dieron sepultura sus hermanos, y no se olvidó en largo espacio la memoria de la hambrienta fiera, que sufrió el castigo por sí propia.

II

Si algún indiferente duda del relato tradicionalmente conservado después de tantos siglos, puede dirigir su paseo por la agria cuesta que conduce al cerro de San Miguel, llegar hasta el *Blanco*, seguir por una estrecha vereda á la mano derecha, y faldeando el hoy denominado *Cerro Gordo* andando un buen espacio, encontrará una corta posesión rústica que se conoce por las *cuevas del Rabel*. Puede gustar el agua que de su manantial brota, y es seguro que su apetito crecerá desmesuradamente, pues el líquido aun conserva parte de la extraña virtud que sirvió para castigar por Providencia divina á un avariento.

Y si aun sigue dudando, abandone las alturas, cruce el Albaicín, deténgase frente al aljibe del Rey y en un oculto rincón observe los restos de un local que los antiguos le dirán es la *casa del Tesoro*, donde hace ciento ó más años se pusieron riquísimos, de la noche á la mañana, unos infelices bataneros que la vivían. ¡Dios, en su infinita misericordia, dispuso que para algo bueno sirviera la codicia del judío!

---

# LA CASA DE LAS TRES ESTRELLAS

---

## TRADICIÓN

---

### I

*Le galib ilé Alá; «No es vencedor sino Dios»*

Esta es la divisa, el emblema del magnánimo, del valiente, del justiciero Rey Alhamar el grande.

El, edificó los alcázares de la Alhambra, para gloria del pueblo muslime y admiración de los siglos venideros.

El, primero de los soberanos nazaritas, llegó á competir por sus virtudes y gentileza con el modelo de los caballeros árabes, con el grande Almanzor.

El, decidido apoyo de los pobres y de los desgraciados, recibió en el año de 1247 en su corte á Abén-Abid, señor de la imponderable Sevilla, arrancada del poder de la morisma por la poderosa espada de Fernando el Santo.

El, que visitaba las escuelas, los colegios y los hospitales, para derramar beneficios sobre

su pueblo, alentó de tal manera el comercio y la industria, que la comarca granadina fué la más culta de su época.

¡Gloria á la casa de Nazar! Bien dicen los tarjetones africanos de la sala de Comarech: «La gracia que tenéis de Dios dimana, que es auxilio en cualquier tribulación.»

Y por ello añadió el poeta:

. . . . .  
«Príncipes envidian  
su linaje claro,  
y temen los grandes  
potente á su brazo.»

## II

Ricos heredamientos de tierras, por la llamada hoy cerca alta de Cartuja, y un palacio en la Alcazaba, dió el espléndido monarca al destronado sevillano.

Y Abén-Abid, aunque agradeciendo en el corazón tantas mercedes, no podía calmar sus pesares.

Los frondosos olivares de la reina del Betis, y las caudalosas aguas del Guadalquivir, estaban siempre presentes ante su vista, al con-

templar el torrente del Beiro y las accidentadas colinas de la *Golilla*.

Sólo endulzaban sus amarguras tres hijas que el cielo le había concedido.

Xacharatadur, que significa *árbol de las perlas*, era la mayor.

Leila, *noche*, la segunda.

Y Amina, ó sea *fiel*, la tercera.

Pocas veces la hermosura y el candor habían esparcido sus tesoros con tanta largueza.

Amina tenía los ojos azules, como rayos del sol el cabello, y una sonrisa de bondad animando siempre sus labios de carmín.

Leila, en cambio, de morena tez, de mirada avasalladora, de trenzas como el azabache, despedía effluvios magnéticos que abrasaban las almas, y fijaban su imagen en el pecho donde quedaba, sin poder borrarse jamás.

Y Xacharatadur, blanca como la nieve del Solair, de abundante y rizada cabellera castaña, y de andar tan ligero y gracioso cual la gacela del Desierto, era la encarnación viva de esas vírgenes del Profeta, que todo buen musulmán aguarda encontrar en el prometido Paraíso y que por obtenerlas arriesgan su vida en las luchas contra los infieles.

Y más extraño aún que las tres estuviesen libres de las cadenas del amor.

Encerradas en el fondo del harén de su padre, conducidas á Granada en bien custodiadas literas, y al presente en los risueños jardines de la suntuosa mansión que donara Alhamar, su vida se deslizaba tranquila, no recibiendo otras caricias que el tierno abrazo con que las saludaba diariamente el autor de sus días.

Y pasaron los rigores del invierno, tanto más sensibles porque en él perdieron su querida patria, y las auras primaverales orearon los floridos cármenes, y las rosas de Mayo esparcieron sus perfumes, abriendo sus capullos bañados por el rocío de las fértiles lluvias de Abril.

Y una noche de luna, en la que el astro de la melancolía esparcía sus plateados rayos y sombreaba la naturaleza con tintas inexplicables, las tres hermanas se encontraban en los jardines.

Un susurro vago se dejó escuchar bajo una glorieta que cubrían enredadoras pasionarias, y una voz con eco celestial murmuraba estas palabras:

—Es en balde que los guerreros de la corte silamita pretendan del Califa la mano de las

huríes andaluzas. Ni Osmin el bravo, ni Aliatar el arrogante, ni Reduán el terror de las fronteras, son los llamados por Alá á poseerlas. Los genios de los alcázares han fijado en ellas su atención, y resuelven que gocen dichas extrañas á otros seres, haciendo inmortal su existencia.

Tan inesperadas frases llenaron de espanto á las tres hermanas.

El miedo embargó su ánimo, y se retiraron á sus habitaciones.

Pero á pesar de todo, anhelaron la puesta del sol, atraídas por una curiosidad irresistible.

La umbrosa enramada volvió á dejar sentir sus sonidos; y acentos cariñosos y conceptos de la pasión más profunda llegaron á escuchar.

Y el misterio llenaba sus almas de un encanto indefinible, y trémulas, anhelantes, querían profundizar el espacio para descubrir la figura de aquellos indefinibles amadores, que ocultos en nubes de gasa se perdían en los aires, impalpables é invisibles, vagando en las regiones del éter, pero sin mostrar formas humanas.

Aquella noche, al terminar sus amantes

pláticas, sin saber por dónde, se encontraron tres magníficos anillos de brillantes en sus faldas.

Las jóvenes los colocaron en sus dedos y parecían hechos á la exacta medida de cada una.

En muchas otras ocasiones se repitieron tan ideales escenas, y sus corazones se interesaron de tal modo, que el más tenue suspiro de la brisa les parecía el rumor de las alas de aquellos silfos extraños que las abrasaban de amor, y cuya figura se fingía cada una en su mente como un cúmulo de perfecciones.

Por fin, al acercarse las primeras auras del estío, el cielo resplandeciente de luceros brilladores, y el silencio y las sombras apoderadas de la ciudad, las tres princesas creyeron ver tomar forma corpórea á sus amantes, y un grito de admiración y de alegría se escapó de sus pechos. Tres gallardos mancebos, de una hermosura distinta á la del resto de los mortales, se les acercaban; y el primero agarrando la mano de Xacharatadur, le dijo:

—Princesa la más bella del universo, yo soy el genio de las aguas, tengo palacios transparentes en los más recónditos subterráneos, y mis servidores esparcen la vida y la salud

en estos ámbitos. ¿Quieres habitar conmigo este edén de delicias reservado á la que, cual tú, es llamada la perla de los mortales?

Xacharatadur inclinó la cabeza, y un tímido sí se escapó de sus labios.

Y en seguida Leila oyó lo siguiente:

— Yo mando en los céfiros y en las brisas. Quiero compartir contigo un trono que se cierne en el espacio, y que tus ojos brilladores iluminen la esfera, encendidos por el fuego de la pasión. Desde el huracán que troncha los seculares árboles, hasta el vientecillo que apenas mueve las hojas, todos serán tus servidores y esclavos. Vente conmigo á las regiones del fuego, y la noche será eterna para nuestra ventura.

La joven enlazó sus manos con las del genio, y entonces el tercero se postró ante Amína exclamando:

— Yo habito en los jardines de Granada. Sus puras flores te brindarán eternamente sus perfumes y serán la alfombra de tus plantas. Tendrás por amigas las hadas bondadosas que se acogen en las grutas que cubren las frescas alamedas, y tu sonrisa abrirá los claveles moriscos, tan encendidos como tus labios.

Y entonces ¡cosa extraña! en las manos de

aquellos seres sobrenaturales resplandecían otras sortijas semejantes á las regaladas á las princesas, aunque cada una en forma de una fulgurante estrella, las que por un movimiento unánime cambiaron á la vez por las que aquéllos tenían; y hecho esto, rodeando con sus brazos las cinturas de sus amadas, sin que éstas opusiesen la menor resistencia, murmuraron con un acento dulcísimo:

*Nuestra estrella os entregamos, sed siempre la de nuestra felicidad.*

A poco una nube opaca envolvió el mágico cenador, formando una espiral que, prolongándose indefinidamente hacia los cielos, se disipó á los primeros rayos de la aurora, sin que genios ni princesas volvieran nunca á aparecer.

Esta es la *leyenda* de las Tres Estrellas. El buen ex rey Abén-Abid afirma escondió sus tesoros, y su memoria quedó perdida en esa horrible cima que se llama lo pasado y que tanto devora á los hombres como á sus obras.

Sin embargo, algún cronista, menos entusiasta de los sueños maravillosos, pretende afirmar en un viejo libro que la desaparición de las bellezas sevillanas fué debida á las artes empleadas por ciertos guerreros famosos,

de los que á las órdenes de García Pérez de Vargas conquistaron á la reina del Betis, quedando presos en cambio en las redes de amor por las hijas del rey, que galantemente escoltaron á la salida. Y aun asegura que ciertos soldados árabes, que después fueron bizarros escuderos castellanos, anduvieron en la trama evaporándose todos por la honda mina que desde el palacio terminaba en la puerta que se llamó de Bib-Blacha.

### III

Y el estandarte de la Cruz se plantó en las almenas de la Alhambra por mano del heroico Conde de Tendilla.

Y la rebelión de los monfíes fué sofocada, inundándose de sangre los fértiles y agrestes valles de la Alpujarra.

Y aquellos vecinos del Albaicín, que respondieron cobardemente: « andad, hermanos, que pocos sois y venís tarde, » vieron desvanecerse como el humo sus privilegios hasta salir expulsados del suelo donde nacieron.

Y los palacios y casas de recreo de los vencidos musulmanes perdieron poco á poco sus

primitivas formas con los adosados y construcciones que les añadían los conquistadores, trocándose en casarones destartalados, en patios irregulares y en habitaciones donde el macizo balcón gótico tapaba ó rompía la elegante columna marmórea del pulido ajimez arábigo.

Y esto ocurrió con el edificio de las Tres Estrellas. Pero siempre ya desde los finales del siglo xv, como en los dos que le subsiguieron, el tinte sombrío y misterioso que le rodeaba no llegó nunca á perderse.

La memoria del tesoro de Abén-Abid y la existencia de almas en pena en sus escondrijos eran pábulo de los vecinos, cuyas familias más pobres lo habitaban, dejándolo destruir poco á poco.

Uno de aquellos, por nombre Lorenzo Suárez, lo ocupó con su familia en 1740.

Desvalido y mal trabajador, el hacerse rico era su único deseo, y su conciencia no vacilaba en los medios para conseguirlo. Hubiera sido capaz de cualquier crimen, si su espíritu medroso y apocado no se lo impediera.

Los relatos del nunca hallado tesoro le ocupaban constantemente. Sondeaba las paredes, registraba los desvanes, y en las noches más

sombrias y silenciosas estaba como un ave agorera en la punta de un ruinoso corredor, acechando un murmullo, una sombra que inesperadamente le indicase el lugar donde podría saciar sus anhelos. Pero nada lograba. Entonces, según afirman las crónicas, desatentado, loco, pues no podía haber otra cosa en un cristiano viejo, vendió su alma al diablo.

Después del terrible pacto, la fortuna empezó á sonreírle.

En un ángulo de la escalera del segundo piso encontró al siguiente día un puchero de barro lleno de monedas de oro. Verificó el cambio casa de un mercader, y comprando una ropilla nueva é introduciendo la abundancia en su miserable familia, que todo lo ignoraba, se encerraba horas enteras en su aposento, sin permitir que nadie penetrase en el mismo.

Únicamente una enorme botella de vino era su compañía, como si en la espirituosa bebida quisiera ahogar algún triste recuerdo que le atormentara.

El Lorenzo, cada vez más torvo y sombrío; su mujer é hijos, extrañando el rápido bienestar que les rodeaba; y el invierno aproximándose con sus helados vientos, con su entoldada atmósfera de nubes. Y la noche que

tanto celebran pobres y ricos como recuerdo de que naciera Nuestro Divino Salvador, el desgraciado Suárez quiso imitar á todos, dejando su voluntario retraimiento.

Mandó encender la chimenea, no arrimándose á ella hasta que fueron rezadas las preces de las ánimas, cuyas frases piadosas le causaban terribles emociones.

Ya en el seno de la familia, pareció olvidar sus remordimientos, y hasta más expansivo, habló de trasladar su domicilio á un risueño pueblo de la Vega.

De repente, la tormenta que se iniciara en la punta de la sierra aquella tarde estalló con inusitado fragor. Un relámpago terrible, seguido de un trueno pavoroso, puso fin á la cena.

Las mujeres se pusieron á rezar de rodillas, y Lorenzo oyó una voz que le llamaba diciéndole:

— Llegó tu hora, cumple tu promesa.

Despavorido huyó á su habitación, y de un trago se sorbió todo el líquido que encerraba la botella.

A las primeras horas del día le encontraron tendido en el pavimento y cadáver. Los médicos afirmaron que era efecto de una combus-

ción espontánea debida al uso inmoderado de las bebidas alcohólicas, explicando así lo negro de su rostro y lo carbonizado de sus miembros; pero no faltaron muchas personas que al mirarle se santiguaban, exclamando:

—Este hombre está endemoniado; Dios nos valga.

Verificóse el entierro, sin detenerse en la iglesia por el estado de descomposición del muerto, pero á los conductores les extrañaba el ligero peso del ataúd.

Al descubrirlo en el cementerio se encontró vacío; y desde aquella época se tuvo á Lorenzo por insepulto.

Las ancianas de las cercanías, y especialmente una que hace poco pasó á mejor vida, afirmaban que todos los años por Noche Buena bajaba por las escaleras de la casa un entierro con acompañamiento de doce diablos con velas encendidas, hundiéndose en los sótanos, sin dejar la más mínima huella de sus pasos.

Y este es el *cuento* que circula sobre el local teatro de tantas maravillas.

IV

Los años destructores han pasado en gran número sobre la casa de *las Tres Estrellas*. Dividido y cercenado el antiguo palacio, lo poco que aún resta y lo caracteriza, fué adquirido por el autor de esta obra. El arco que da entrada al pequeño postigo por donde se supuso se introdujo el *Garcés* del *Martín Gil* en 1578, existe todavía en la calle del mismo nombre, y sobre el dintel aparecen tres estrellas, indeleble ejecutoria y base primordial de estos relatos.

Dentro, borradas y casi derruidas sus paredes, arrebatadas las preciosas columnas de mármol de Macael que sostenían un elegante mirab, sólo se puede leer en un calado cornisamento esta inscripción:

*La gloria eterna pertenece á Dios, el reino eterno pertenece á Dios.*

A la derecha de la puerta existía al hacerme cargo de la adquisición, un profundo agujero. Creí fuese vertedero de aguas, pero ensanchándolo para la obra, se descubrió ser anchísima mina, cegada en el interior por escombros, pero con cabida aun bastante para albergar á

un hombre. No cabe duda era uno de esos caminos árabes que en las entrañas de la tierra abrían los sectarios del Islam, tanto para defensa de sus fuertes, como para sus ocultos fines de amores y venganzas.

¡Ese es el mundo! En los nichos afligranados donde con gran veneración se colocaba el Alcorán, anidan hoy mis palomas castizas; y en el corredor donde las doncellas moras salían á respirar el sano ambiente de la mañana, los pintados canarios de mi pajarera gorjean alegres contemplando el sorprendente paisaje que desde allí se descubre.

Atraídos por la curiosidad del sitio, ó por el excelente café que en una restaurada sala se sirve á los concurrentes, nunca faltan alegres comensales, distinguiéndose entre ellos los predilectos de las musas. Baltasar Martínez Durán, cuya temprana muerte lloran los amantes de las letras patrias, era de los primeros, como dice en el prólogo: se habló del libro que hoy concluye, se buscaron los nombres para los capítulos; pero su colaboración quedó en el vacío.

Sólo á fuerza de instancias, y bajo promesa ya realizada, de que una lápida conmemorase el hecho, escribió en el rústico encañado que

sirve de refugio en las ardorosas tardes del estío, los sentidos renglones que á continuación trascribimos. Dicen así:

## EN EL CARMEN

de mi querido amigo

D. ANTONIO AFÁN DE RIBERA

En el viejo Albaicín, en las alturas  
desde donde en risueño panorama  
grupos se ven de torres que coronan  
su arboleda lejana;

Hay un oculto carmen, que conserva  
restos, tal vez de la opulencia arábiga;  
si fué jardín ó fué palacio, nadie  
á conocerlo alcanza.

Rico huerto de verdes hortalizas  
que cercan flores y pomposas parras,  
en medio ostenta un cenador formado  
de amarillentas cañas.

Y tras del muro que interrumpe á veces  
del árbol seco la movible rama,  
la Alhambra enfrente se descubre á modo  
de espléndida sultana.

—

Allí un poeta caprichoso lleva  
antiguos sueños y leyendas rancias,  
y el dulce néctar, el recuerdo aviva  
de la proscrita raza.

Allí desde la vasta plazoleta  
con morisca indolencia reclinada ,  
Sierra Nevada se divisa lejos ,  
eternamente blanca.

Allí la flor que solitaria crece  
al pie escondida de ruinosa tapia ,  
blandos perfumes da ; y allí el lagarto  
entre las hierbas pasa.

Allí la jardinera que tendría  
ha doce lustros , tipo de sultana ,  
creyérase que busca entre esos restos  
su perdida guadaña.

Al pie del muro , donde apoya un árbol  
el recio tronco en la vejez cansada ,  
donde el silvestre jaramago cuelga  
de la grieta que ensancha.

En medio de una línea de rosales ,  
pródiga la amistad , con mano franca  
planta un rosal á la memoria mía  
y coloca una lápida.

—  
Al vagabundo trovador es ese  
recuerdo fiel que la amistad consagra ;  
no secárase nunca si pudiera  
regarlo con mis lágrimas.

Mas ¡ ay ! quién sabe si al morir un día ,  
ausente para siempre de mi patria ,  
ya que mi tumba no , guarde esa losa  
donde mi nombre graba.

—  
En tanto alegres de la mesa en torno ,  
riente el sol sobre nosotros lanza

fúlgidos rayos: Hebe todavía  
con la copa no escancia.

El blanco vino de la copa aumenta  
un momento la risa y algazara:  
Hebe triunfante se presenta al cabo  
y la copa arrebatada.

En su mano parece la ancha copa  
reloj de arena que las horas marca;  
He aquí la antigua jardinera alegre  
cuya sonrisa espanta.

Quizá es la muerte que también se ríe,  
mezclándose un momento á la comparsa,  
vieja momia, fatídico esqueleto,  
que entre nosotros pasa.

¡Triste Baltasar! ¡tal vez presentía su próximo fin en extraña tierra, al improvisar los anteriores conceptos!

Muchos días han pasado desde el en que se forjaron estas novelescas páginas. Otros seres amados han desaparecido también de entre nosotros. Las ruinas junto á las que se ha escrito la mayor parte de aquéllas, se agrandan por momentos. La fuerte argamasa de sus paredes se deshace en polvo, y quién sabe si está marcada la hora de su existencia.

Y sin embargo, desde el elevado balcón de la que fué estancia árabe, miró al espléndido sol que hace revivir á la fértil comarca gra-

nadina, aparecer nuevo, radiante, dominando los siglos y las edades, muestra eficaz del poderío del Hacedor supremo, dorar las cúpulas de los alcázares islamitas y reflejarse en las torres donde se ostenta la redentora insignia de la cruz.

Y después, cuando el astro llega á su ocaso, salir la luna como un globo de plata por detrás de los agudos peñascos de la sierra, recorrer majestuosa su misterioso camino, alumbrar este valle que habitamos, en el que tanto se goza durmiendo, y tanto se sufre al despertar; y entonces henchida el alma de religioso entusiasmo, repetir con la inscripción de las puertas del patio de la *mezquita*:

« No hay más ayuda que la que viene de Dios. » Yo con ella he dado término á LAS NOCHES DEL ALBAICÍN.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO.

# ÍNDICE

de lo contenido en este segundo tomo.

---

	<u>Págs.</u>
La Virgen del Lavadero.....	5
La Casa de la Columna.....	25
La Casa de los Corazones.....	33
La Cueva de la Encantada.....	46
El Balcón Maldito.....	57
La Casa del Miedo.....	69
La Huerta de las Moras.....	85
La Casa de los Moriscos.....	103
La vuelta de la batalla.....	109
La Casa de los Telarones.....	112
El Palacio de la Sultana.....	124
La Placeta del Abad.....	132
Harpagón.....	143
La Casa de las Tres Estrellas.....	149

## OBRAS DRAMATICAS

- El Laberinto, comedia en tres actos.  
La Estrella de la Esperanza, ídem íd.  
La Pensionista, zarzuela en dos actos, música del maestro Luján.  
Corte y Cortijo, comedia en un acto.  
Antiguos y modernos, ídem íd.  
Farinelli, zarzuela en tres actos, música de D. Mariano Vázquez.  
Tres damas para un galán, comedia en tres actos.  
La Nochebuena, apropósito cómico en un acto.  
El Alcalde Vinagre, zarzuela en dos actos, música de D. Antonio Segura.  
El Bufón de Don Juan II, drama en tres actos, en colaboración con D. Pedro Mendo de Figueroa.  
Glorias de Granada, loa en colaboración con Don Francisco Manzano Oliver.  
El Liceo en escena, apropósito lírico, música de D. Francisco de Paula Valladar.  
Los Contrastes, juguete lírico en un acto, música del maestro Vila.

## TERMINADAS Y PARA SU PUBLICACION

- Aurora, zarzuela en dos actos.  
Los Inocentes, apropósito cómico en un acto.

Esta obra consta de dos tomos, y es su precio **3 reales** cada uno, en rústica, y **8 reales** los dos juntos, en pasta de tela y purpurina.

Se halla de venta en las principales librerías de Madrid, Granada y otros puntos, y en la Administración de la *Revista Religiosa*.

## REVISTA RELIGIOSA

CIENTÍFICO-LITERARIA QUINCENAL

Las condiciones ventajosas que ofrece esta *Revista*; el interés de sus artículos, todos originales; las cuestiones que en ellos se tratan en sus diversas secciones, histórica, filosófica, canónica, arqueológica, recreativa y bibliográfica, y las mejoras materiales que de día en día vienen introduciéndose en ella, hacen que hoy sea ya casi universal su aceptación, y no pocos de sus apreciables colegas trasladen á sus columnas la mayor parte de los escritos que en la *Revista Religiosa* se publican.

Puede hacerse la suscripción de dos modos y á los precios siguientes:

REVISTA *sola*, 6 reales semestre y 12 un año.

REVISTA *con folletín*, 9 reales semestre y 16 al año.

En Cuba, Puerto-Rico y Portugal, 6 reales más sobre los precios marcados al año para España.

El importe de las suscripciones se dirigirá al Administrador *D. Francisco Calvo*, Plaza de Herradores, 10, segundo. — Madrid.